

Documentación para el grupo de Lectores de la Palabra de la Parroquia Virgen de la Luz

(parte 1)



Parroquia Virgen de la Luz
Acción Pastoral



PARROQUIA NTRA. SRA. DE LA LUZ
C/. San Lázaro, s/n.
16002 CUENCA

Cuenca, 30 de Agosto de 2017

Amigo Lector/a:

Gracias en nombre de Dios y de toda la Comunidad Parroquial por el servicio que prestas cuando proclamas la Palabra de Dios ante la asamblea reunida para celebrar la Liturgia.

"La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la Sagrada Liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el Pan de Vida, que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo"
(Cónclave Vaticano II – Dei Verbum, n° 21)

Como ves, tu actuación es muy importante porque proclamas la Palabra de Dios.

Con el fin de coordinarnos y conocer mejor el cometido del "Lector" te invitamos a la **reunión** que tendrá lugar en los **salones de la Parroquia** el día **11 de septiembre a las 8 de la tarde**.

Esperamos que no pongáis ninguna excusa, porque recogiendo frases del Papa Emérito Benedicto XVI y del Papa Francisco. "El tiempo dedicado a Dios no es tiempo perdido".

Nuestro Sr. Obispo tiene sumo interés en que los lectores de la celebración proclamen adecuadamente la Palabra de Dios.

Recibe con cariño el dossier, que acompaña a esta carta, léelo detenidamente para que puedas apreciar la importancia del Ministerio de Lector en la Liturgia; en dicha reunión lo comentaremos.

Encomendamos este servicio a la Virgen de la Luz para que, como ella, escuchemos la Palabra de Dios y la llevemos a la práctica.

Un saludo de vuestros sacerdotes

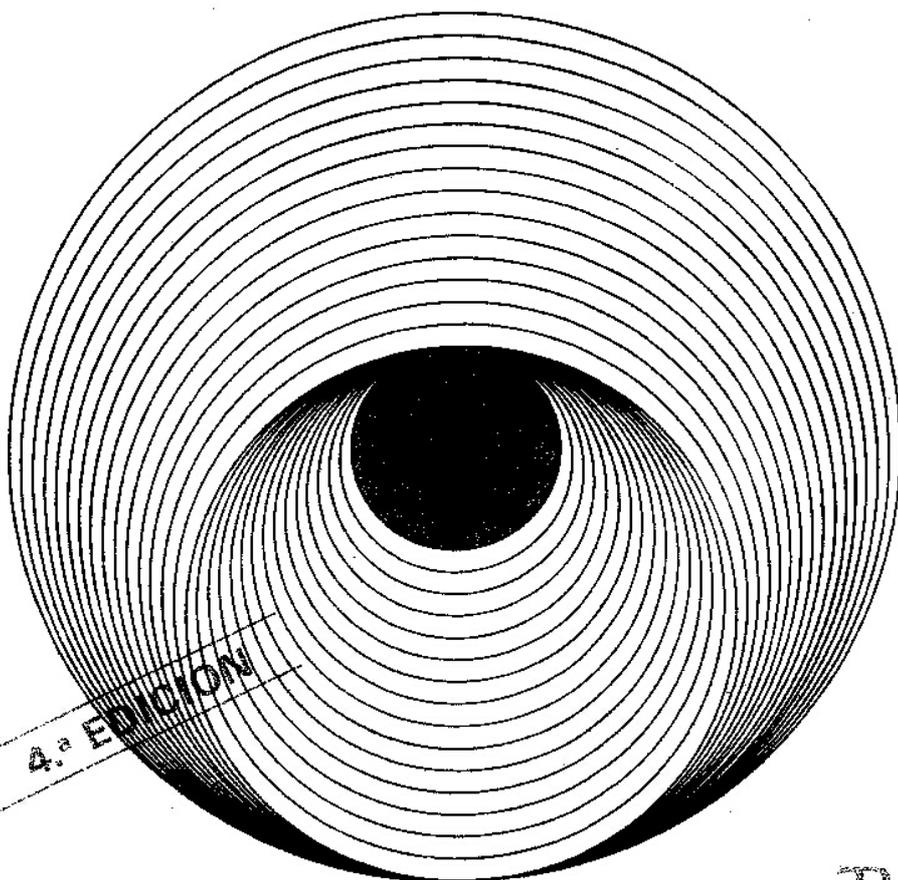
Ángel García Benedicto
Vicario Episcopal de la ciudad de Cuenca
Y Párroco



Mariano Ortega Ortega
Adscrito a la Parroquia y
Responsable de la Pastoral
Litúrgica y Sacramental de la
Parroquia.

**EL MINISTERIO
DEL LECTOR**

**Directorio litúrgico pastoral
publicado por el
Secretariado Nacional de Liturgia**



4.ª EDICIÓN

103

**PL
PIC**

1. Un ministerio recuperado

La proclamación de la Palabra de Dios en la asamblea litúrgica es un verdadero servicio eclesial. Después del Vaticano II, el ministerio del lector ha vuelto a tener el relieve que le corresponde en el conjunto de carismas y oficios suscitados por el Espíritu Santo en la Iglesia para la edificación de todo el Cuerpo (cf. 1 Cor. 12, 4-6; Rom. 12, 6-8; Ef. 4, 11-12).

2. Cristo desempeñó este ministerio

Como todo servicio eclesial, el ministerio del lector tiene su origen en Cristo, autor de la Iglesia; el cual entendió la misión confiada por el Padre como una *diaconía* (cf. LG 18), haciéndose servidor de todos (cf. Lc 22, 27; Mt 20, 28; LG 29). En un gesto, que es preciso interpretar a la luz de este espíritu de servicio, Jesús, estando en la sinagoga de Nazaret «se puso en pie para hacer la lectura», leyendo y comentando después el pasaje del profeta Isaías que lo presentaba como el Ungido del Señor para anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, según refiere el evangelista San Lucas (Lc. 4, 16ss).

3. Importancia del ministerio del lector

La figura de Jesús, de pie ante la asamblea, con el volumen del profeta Isaías en las manos, leyendo la Palabra divina en el marco de la liturgia sinagoga, ilumina por sí sola un misterio que tiene como objeto «proclamar la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas, educar en la fe a los niños y a los adultos, prepararlos para recibir dignamente los sacramentos, y anunciar la Buena Nueva de la salvación a los hombres, que aún la ignoran» (*Ritual de Ordenes, Rito para instituir lectores*, n.º 4: *Homilia*).

El ministerio del lector es uno de los ministerios instituidos por la Iglesia, que pueden ser conferidos con un rito especial. El fiel que lo recibe queda constituido para desempeñar esta función de manera estable (cf. *Motu proprio Ministeria Quaedam* de 15-VIII-1972; CDC, *can. 230/1*).

Sin embargo, este ministerio puede ser desempeñado en las celebraciones litúrgicas, por encargo temporal, por todos los laicos (cf. *can. 230/2*), para que se lleve a cabo lo dispuesto en el Concilio Vaticano II de que «en las celebraciones litúrgicas cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas» (SC 58).

4. Finalidad del presente documento

El hecho de que la función del lector pueda ser desempeñada también por encargo temporal u ocasional, no sólo no resta importancia al servicio de la proclamación de la Palabra, sino que constituye un motivo más para tomar este ministerio con la mayor seriedad y procurar, con diligencia, la preparación adecuada de las personas que han de ejercerlo con sentido litúrgico, competencia técnica y aprovechamiento espiritual.

Con el fin de urgir y orientar la preparación, tanto de los lectores instituidos como de los otros, se hace público el directorio que ha elaborado el Secretario Nacional de Liturgia con la explícita aprobación de la Comisión Episcopal, entre cuyas acciones pastorales del presente trienio se inscribe. El directorio ha de contribuir a mejorar la celebración, en el marco del objetivo general señalado por la Conferencia Episcopal Española del «servicio a la fe de nuestro pueblo» (julio 1983).

5. Leer la Palabra de Dios en la Asamblea litúrgica

La lectura de la Sagrada Escritura en el marco de la celebración es un acto litúrgico, el centro de la liturgia de la Palabra. Por medio de la lectura o proclamación de la Palabra, «se expresan de modo admirable los múltiples tesoros de la única Palabra de Dios, ya sea en el transcurso del año litúrgico, en el que se recuerda el misterio de Cristo en su desarrollo, ya en la celebración de los sacramentos y sacramentales de la Iglesia, o en la respuesta de cada fiel a la acción interna del Espíritu Santo, ya que entonces la misma celebración litúrgica, que se sostiene y se apoya principalmente en la Palabra de Dios, se convierte en un acontecimiento nuevo y enriquece esta palabra con una nueva interpretación y una nueva eficacia» (*Ordenación de las Lecturas de la Misa*, 2.ª edición típica 1981, *Praenotandos* (=OLM²), 3).

La economía divina dispuso que la Palabra sea alimento vital del Pueblo de Dios, el cual no podría subsistir sin esta comida que es fuerza de la fe (cf. DV 23). Por eso la Iglesia, depositaria de las Sagradas Escrituras (cf.

DV 9-10), «no deja de tomar de la pasesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo sobre todo en la liturgia» (DV 21; cf. 23).

La liturgia es, por tanto, lugar privilegiado donde la Palabra salvadora de Dios habla a su pueblo, «Cristo sigue anunciando el Evangelio, y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración» (SC 33). La Palabra de la Escritura, cuando es proclamada en las celebraciones litúrgicas, constituye uno de los modos de la misteriosa y real presencia del Señor entre los suyos, como enseña el Vaticano II: «El está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla» (SC 7).

6. La función del lector

En este diálogo vivo entre Dios y su pueblo, que es anuncio eficaz de la Palabra y respuesta gozosa de la fe, el ministerio del lector aparece como un *servicio de mediación*, en el que la función del que lee consiste en hacerse mensajero y portavoz de la Palabra de Dios. El lector litúrgico es el último eslabón para que la Palabra de Dios llegue al pueblo, ofreciendo su voz y sus recursos de interpretación para que en ellos se realice esa especie de última encarnación o morada de la Palabra entre los hombres.

Como dice san Agustín: «Por condescendencia con nosotros, la Palabra ha descendido a las sílabas de nuestros sonidos» (*Enarr. in Ps.* 103, serm. 4,1; CCL 40, p. 1521); en este mundo la Palabra se nos da «en letras, en sonidos, en códices... en la voz del lector y del homileta» (*ib.*, serm. 3,3; *ib.*, p. 1501).

El lector participa, en cierto modo, de la misión profética de aquellos que han sido llamados, como sucesores de los Apóstoles, para enseñar a todas las gentes y predicar el Evangelio a toda criatura (cf. LG 24; 31; AA 2). En el contexto del ministerio profético, el lector aparece como un *signo* vivo de la presencia del Señor en su Palabra.

«Por amor a esta Palabra y por agradecimiento a este don de Dios, el lector litúrgico tiene que hacer un acto de entrega y un esfuerzo diligente. Si su voz no suena, no resonará la Palabra de Cristo; si su voz no se articula, la Palabra se volverá confusa; si no da bien el sentido, el pueblo no podrá comprender la Palabra; si no da la debida expresión, la Palabra perderá parte de su fuerza. Y no vale apelar a la omnipotencia divina, porque el camino de la omnipotencia, también en la liturgia, pasa por la encarnación» (L. A. SCHOKEL, *Consejos al lector*: «Hodie» 17, 1965, p. 82).

7. Las competencias del lector

Según la tradición litúrgica, la lectura de los textos bíblicos en la asamblea no es un oficio presidencial, sino ministerial (cf. OGMR 34; OLM² n. 49). Salvo el evangelio, reservado al diácono o, faltando éste, al presbítero, las demás lecturas deben hacerlas los *lectores* (cf. *ib.*).

El Motu proprio *Ministeria Quaedam*, de Pablo VI, define así las competencias del lector instituido:

«El lector queda instituido para la función, que le es propia, de leer la Palabra de Dios en la asamblea litúrgica. Por lo cual proclamará las lecturas de la Sagrada Escritura, pero no el Evangelio, en la misa y en las demás cele-

braciones sagradas; faltando el salmista, recitará el Salmo interleccional; proclamará las intenciones de la Oración de los Fieles, cuando no haya a disposición diácono o cantor; dirigirá el canto y la participación del pueblo fiel; instruirá a los fieles para recibir dignamente los sacramentos. También podrá, cuando sea necesario, encargarse de la preparación de otros fieles a quienes se encomiende temporalmente la lectura de la Sagrada Escritura en los actos litúrgicos» (n. 5).

La proclamación de las lecturas bíblicas, excepto el Evangelio, constituye la tarea específica y principal del lector, tanto del que ha sido constituido para desempeñar esta función de manera estable como del que tiene un encargo temporal u ocasional. Las restantes atribuciones, que pueden desempeñar todos los laicos a tenor de la norma del derecho (cf. *can.* 230/2), tienen carácter unas veces de suplencia de otros ministerios litúrgicos, como el del salmista o el del monitor o el del director del canto, y otras veces de complemento de su función propia y específica. En este sentido la preparación de los que han de recibir los sacramentos, mediante la catequesis más directamente litúrgica, pertenece al mismo contexto pastoral y sacramental que las moniciones en el interior de la celebración, las cuales están reservadas al sacerdote, al diácono o al comentador (cf. SC 35/3; OLM² 42).

La promoción de nuevos lectores o la instrucción de los que eventualmente realicen esta función, como tareas confiadas al lector instituido, contribuyen también a realzar este ministerio en el conjunto de la vida eclesial.

8. Acoger la Palabra para poder transmitirla

Para realizar mejor y más perfectamente las funciones que corresponden al lector, debe éste empaparse de «aquel amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura» que es característico de la liturgia (cf. SC 24). El lector es un ministro de la Palabra que debe transmitir a los fieles, «los tesoros bíblicos de la Iglesia» puestos a disposición de los fieles con mayor abundancia en la mesa de la Palabra de Dios (cf. SC 51; DV 21).

Es necesario, pues, que profundice en el conocimiento de las Escrituras mediante la lectura asidua y el estudio diligente, cuidando de que la lectura vaya siempre acompañada de la *oración* para que se entable diálogo entre Dios y el hombre, ya desde el primer contacto del lector con los textos que ha de proclamar (cf. DV 25). El lector debe familiarizarse con el mensaje bíblico en su conjunto, meditándolo personalmente y acogiéndolo con corazón de discípulo que se deja llenar por la Palabra divina que ha de comunicar (cf. *Lc.* 2,19.51).

Por otra parte, el testimonio personal, que ha de brotar de esta meditación asidua de la Palabra de Dios, hace de los lectores eficaces anunciadores del mensaje no sólo con la palabra, sino también con la verdad de los hechos.

práctica (cf. *Jn* 14,15). Dada la íntima conexión y unidad entre la Liturgia de la Palabra y la Liturgia del Sacramento, los fieles, recibiendo la Palabra y nutridos por ella en su fe, son conducidos a una más fructífera participación en los misterios que celebran (*Inst. Euch. Myst.* 10; SC 56; 59; PO 4).

La asamblea litúrgica necesita de lectores, aunque no estén instituidos para esta función mediante el rito correspondiente. Hay que procurar, por tanto, que haya lectores idóneos, convenientemente preparados para ejercer este ministerio. Donde haya lectores instituidos, éstos deben ejercer su función propia, por lo menos los domingos y días festivos, sobre todo en la celebración principal (OLM², 51).

«El lector tiene un ministerio propio en la celebración eucarística, ministerio que debe ejercer él, aunque haya otro ministro de grado superior» (OGMR 66). Este principio tiene también aplicación en la celebración de la eucaristía, en la que los oficios propios del diácono o de otros ministros los realizan algunos de los concelebrantes si no se dispone de los citados ministros (cf. OGMR 160).

10. Quiénes pueden ser lectores

El ministerio de lector no es algo reservado a los candidatos al sacramento del Orden, por lo que puede ser confiado a los laicos. Pero los candidatos al diaconado y al sacerdocio deben recibir este ministerio y ejercerlo durante un tiempo conveniente para prepararse mejor al futuro servicio de la Palabra (*Ministeria Quaedam* n. 10). Los requisitos y las exigencias para que a estos candidatos les sea conferido el ministerio de lector, han sido determinadas por la Conferencia Episcopal Española en la XX Asamblea Plenaria, celebrada en Madrid del 17 al 22 de junio de 1974 (cf. *Ritual de Ordenes*, pp. 25-30).

Los varones laicos que tengan la edad y condiciones determinadas por decreto de la Conferencia Episcopal, pueden ser llamados para el ministerio estable de lector, mediante el rito litúrgico prescrito (canon 230/1). Por encargo temporal, los laicos, lo mismo varones que mujeres, pueden desempeñar la función de lector en las celebraciones litúrgicas (cf. *can.* 230/2).

14. Actitud corporal y vestidura del lector

El lector ha de saberse portavoz de la Palabra divina en un contexto religioso y cultural. Para cumplir con fidelidad esta misión, el lector debe manifestar en su postura exterior, cuando ejerce el ministerio, que es el primero en aceptar la Palabra que proclama.

En efecto, el gesto del lector es manifestación de su identificación con lo que dice. Con su actitud corporal, al leer, puede apoyar o desautorizar el mensaje que transmite. El cuerpo, el vestido, el rostro y las manos, deben denotar un sentimiento interior. El estar cara a la asamblea en un plano elevado, con una vestidura litúrgica incluso, son motivos para cuidar al máximo la expresividad corporal.

El lector instituido en su propio ministerio, cuando sube al ambón para leer la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas, debe llevar la vestidura sagrada propia de su función, que es el alba ceñida con el cíngulo (OGMR 298). «Los que ejercen esta función de modo transitorio, e incluso habitualmente, pueden subir al ambón con la vestidura ordinaria, aunque respetando las costumbres de cada lugar» (OLM² 54).

15. El canto de las lecturas

El criterio para determinar qué partes deben ser can-

tadas en una celebración no puede ser exclusivamente la solemnización de la acción litúrgica, sino la participación de los fieles, según el carácter de cada pueblo y las posibilidades de cada asamblea. «Al hacer la selección de lo que de hecho se va a cantar, se dará la preferencia a las partes que tienen mayor importancia, sobre todo aquellas que deben cantar el sacerdote y sus ministros con respuestas del pueblo» (OGMR 19).

Estos criterios tienen particular aplicación al canto de las lecturas y de las aclamaciones que las acompañan. Aunque las lecturas pueden cantarse, la mayoría de las veces será más oportuno proclamarlas sin canto (cf. *Inst. Musicam Sacram* n. 31). El canto no puede mermar la inteligibilidad del texto, aunque es preciso reconocer también que puede ser un poderoso medio para subrayar expresivamente determinados pasajes, sobre todo del evangelio.

Sin embargo, las aclamaciones que acompañan a las lecturas, deben ser cantadas, particularmente *las aclamaciones del evangelio*, que se encuentran entre los cantos que pertenecen al primer grado de participación de los fieles (cf. *Ib.*, n. 29). Lo mismo debe decirse acerca del *Salmo responsorial*, a causa de su gran importancia (cf. *Ib.* n. 33; OGMR 36). El canto o recitación del Salmo responsorial corresponde al salmista.

11. La preparación de los lectores

Los lectores han de ser aptos y diligentemente preparados (OGMR 66). La aptitud lleva consigo una serie de cualidades espirituales centradas en el conocimiento y amor a la Sagrada Escritura, y unas dotés humanas concernientes al arte de la comunicación. El lector ha de cumplir su cometido con conciencia de su misión y de su responsabilidad.

Para que desempeñe diligentemente su ministerio, la preparación debe abarcar los siguientes aspectos:

a) *Instrucción bíblica*, que debe apuntar a que los lectores estén capacitados para percibir el sentido de las lecturas en su propio contexto y para entender a la luz de la fe el núcleo central del mensaje revelado. No se trata tanto de que conozcan los aspectos exegéticos de los textos como de que adquieran un conocimiento profundo y vital de la Sagrada Escritura a la luz de la tradición litúrgica.

b) *Instrucción litúrgica* que facilita a los lectores una cierta percepción del sentido y de la estructura de la liturgia de la Palabra, y de su conexión con los ritos sacramentales y de modo particular con la liturgia eucarística. El lector deberá estar informado de la composición del leccionario de la misa de acuerdo con los diferentes tiempos del Año Litúrgico, y de los leccionarios propios de la celebración de los diferentes sacramentos. El conocimiento de los criterios de ordenación y armonización de las lecturas entre sí le será muy útil para ayudar a quienes se preparan a recibir algún sacramento, a elegir los textos más adecuados.

c) *Preparación técnica* relativa a la comunicación y

a la lectura en público, ya sea de viva voz o con ayuda de los instrumentos modernos que la amplifican. El lector debe alcanzar un cierto grado de capacitación para desempeñar correctamente su función, sin detrimento del amor y de la dedicación a la Sagrada Escritura de que se ha hablado antes.

Teniendo en cuenta todo esto, es evidente que no se puede improvisar un lector. No se trata de excluir a nadie de este ministerio, sino de confiarlo, con seriedad y preparación, a quienes ofrecen garantías suficientes.

12. Condiciones materiales para una buena proclamación

La proclamación de la Palabra de Dios, requiere un mínimo de condiciones materiales. Comenzando por el *libro*, es necesario que esté bien impreso, que los caracteres gráficos sean netamente visibles, que el *texto* destinado a la lectura pública haya sido traducido teniendo en cuenta esta finalidad (Cf. *Instrucción sobre la traducción de textos litúrgicos* de 25-7-1969, n. 30), y sea dispuesto en las páginas de forma que las proposiciones y las frases que expresen la misma idea estén reagrupadas y el lector perciba al mismo tiempo el sujeto y el verbo. El *libro* debe estar colocado en el *ambón*, a una altura conveniente, para que el lector pueda ver fácilmente a la

También son indispensables una buena *iluminación* del libro y una adecuada colocación del *micrófono*, si hay que usarlo. La *iluminación* y la *acústica* deben ser objeto de mayor atención por parte de los responsables de los templos y de la liturgia en general. El detalle es muy importante en orden a que se establezca la necesaria comunicación oral y visual entre el lector y la asamblea.

No se trata de verter los propios sentimientos en el texto, sino de asimilar la Palabra de Dios e intentar manifestar su contenido con expresividad, sin fingimiento, con sencillez, sin afectación.

b) *Articulación y tono*. La lectura debe llegar al auditorio sin que se pierda una palabra o una sílaba. Al leer se debe abrir la boca lo suficiente para que se escuchan perfectamente todas las vocales, y para que las consonantes se hagan sentir con nitidez.

Es necesario atender al estilo y estructura de cada frase, para que los oyentes las perciban con claridad. Las frases o palabras que forman grupo, deben ser leídas sin interrupción para no romper el sentido del conjunto.

Al texto hay que darle vida. Aunque la lectura se haga con claridad, se puede caer en la monotonía. Esto se evita con el tono y el ritmo que se den a la lectura. Es preciso huir de la voz monocorde y del «tonillo». Las interrogaciones y los paréntesis en el texto son una buena ocasión para subir o bajar la voz. Los finales de frase no tienen por qué obligar a hacer inflexiones de manera sistemática.

Por otra parte, la acústica del templo o del lugar de la proclamación impone también ciertas condiciones al lector. Tan molesta puede resultar una voz hiriente, que grita, en una iglesia pequeña, como una voz apagada y mortecina en un templo grande.

c) *Ritmo de proclamación*. El ritmo es un elemento indispensable para la comprensión del texto que se proclama; es manifestación externa del dinamismo interno del pasaje. Cada lector tiene su propio ritmo, incluso cada lectura exige el suyo. Lo verdaderamente importante es que los oyentes entiendan el mensaje transmitido.

EL BUEN SERVICIO DEL LECTOR

Séptimo. Ya que antes de leer en público, nos habremos leído el texto, sabremos si se trata de una narración, una exhortación, una reflexión, etc. Y nos hará ilusión saber *atinar en el modo adecuado* de leerlo. Por ejemplo, si es una narración, saber distinguir el tono del narrador, el de los diálogos... Si es una exhortación, saber leerla con convicción. Atinar en todo eso no es difícil: basta buen sentido y ganas.

Octavo. Puede sorprender, pero para una buena lectura son muy importantes *los silencios*. Los silencios -las pausas- dan luz a las palabras. El lector que sabe respetar los silencios (por ejemplo, en los puntos y aparte) y además los aprovecha para respirar, es casi seguro que se hace escuchar.

Noveno. En todo es bueno escuchar la opinión de los otros. Por eso, sería conveniente que las personas que leen habitualmente en cada iglesia, se encontraran para intercambiar opiniones, para hacer algún ejercicio de lectura, etc.

Lectura del salmo

El ideal es que el salmo después de la primera lectura se cante. Pero si no se canta, conviene que no lo lea la misma persona que la primera lectura. Con todo, si lo es, debe dejar un espacio de silencio antes de empezar (empalmar ambos textos es quitar sentido a los dos).

Al empezar, NO se dice "Salmo responsorial".

Lo mejor es que antes de iniciar salmo, se cante un canto breve (antífona) que se vaya alternando con las estrofas del salmo.

El Leccionario incluye una frase que -si no se canta- puede utilizarse como respuesta del pueblo a cada estrofa (la indica con una R. de respuesta). Pero, especialmente en las misas dominicales, es preferible no leerla y que los asistentes no deban repetirla. ¿Por qué? Porque lo más importante es que escuchen el salmo y no estar pendientes de esta respuesta.

Los salmos son oraciones en forma de poesía. Por tanto, requieren una lectura pausada, sentida.

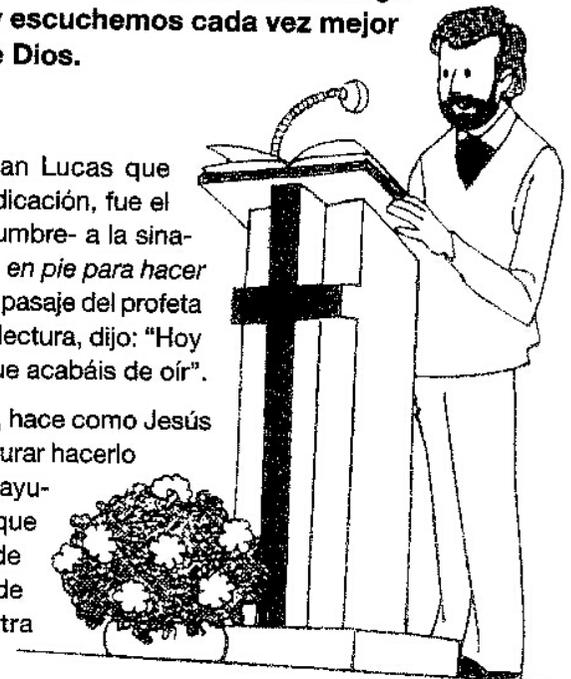
En nuestras misas, una parte muy importante son las lecturas de la Palabra de Dios.

Por eso, leerlas bien es un excelente servicio a la comunidad cristiana. Es dar nuestra voz a Dios para que a través nuestro hable a su pueblo.

De ahí la importancia de que, en nuestra iglesia, leamos y escuchemos cada vez mejor la Palabra de Dios.

Explica el evangelio de san Lucas que Jesús, al comenzar su predicación, fue el sábado -como era su costumbre- a la sinagoga de Nazaret y *"se puso en pie para hacer la lectura"* (aquel día leyó un pasaje del profeta Isaías). Y que, terminada la lectura, dijo: "Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír".

El lector, en nuestras misas, hace como Jesús en la sinagoga. Y debe procurar hacerlo tan bien como él lo hizo. Así ayudará a que, para todos, lo que leemos no sea como cosa de otro tiempo, sino mensaje de Dios para hoy, para nuestra vida.



SEIS NORMAS FUNDAMENTALES PARA UNA BUENA LECTURA

- 1** Antes de empezar la lectura, coloque el *micrófono* a un palmo (más o menos) delante de la boca.
- 2** Al empezar, NO debe leerse lo que está en *rojo* (por ejemplo: no debe decirse “Primera lectura”). Lea con entonación el título de la lectura (por ejemplo: Lectura del profeta Isaías), mire a los asistentes y espere unos segundos antes de continuar.
- 3** Al leer, tenga en cuenta que lo más importante es *no precipitarse*. La mayoría de lectores corren demasiado. No se trata de terminar lo antes posible, sino de que los asistentes puedan seguir y enterarse de lo que se lee.
- 4** Por eso, es necesario hacer caso de las *señales de tráfico* de la lectura: las comas y los puntos. Las *comas* son como un “ceda el paso” (una leve pausa) mientras que los *puntos* son como un “stop” (un pararse un par de segundos).
- 5** Si antes se ha leído la lectura (mejor un par de veces) sabrá mucho mejor cómo leerla bien. Darle sentido. Facilitar que se entienda. Por ejemplo, en la frase: “Dios no salvó a UN pueblo, sino a TODOS los pueblos de la tierra”, subrayar con la voz estas dos palabras clave.
- 6** Al terminar la lectura, espere unos tres segundos y diga mirando a los asistentes y con cierta solemnidad (¡es una aclamación!): PALABRA DE DIOS. Y espere la respuesta antes de irse, sin prisas.

Y nueve consejos para mejorar nuestro servicio de lectores

Primero. *Leerse antes la lectura.* Mejor dos veces (una para saber qué dice; la segunda para fijarse en las palabras o nombres que nos puedan resultar más difíciles). Y, aún mejor, leerla en voz alta (así “tropezaremos” con las dificultades y luego las podremos evitar mejor).

Segundo. Es decisivo *cómo comenzamos* la lectura. Para el que lee y para quienes escuchan. Para quien lee, porque si empieza a acelerarse desde el principio o empieza inseguro, la cosa irá empeorando. Para quien escucha, porque si el principio no se entiende, la atención cae en picado.

Tercero. Para que se nos oiga y entienda bien, son importantes dos cosas: la primera es *no bajar la cabeza*, la segunda es *abrir más la boca* de lo habitual. Con la cabeza alta, la voz resultará más clara y el tono más elevado (si hace falta, podemos levantar el libro). Abriendo bien la boca, las vocales nos saldrán más redondas y las consonantes más contrastadas.

Cuarto. Durante la lectura, nos ayudará el *mantener la ilusión* en el servicio que estamos realizando (prestamos nuestra voz a la Palabra de Dios y servimos a la comunidad cristiana). Esta ilusión por hacer bien -con sencillez- este servicio, hará que leamos con una tonalidad amable, no agresiva ni hiriente pero tampoco desganada. Porque toda lectura de la Palabra de Dios es una “buena y alegre noticia”.

Quinto. Conviene *leer en el libro* del Leccionario, no en hojas diocesanas o misalitos. Porque para eso está el Leccionario (y es dar nobleza a la lectura). Y porque su letra es más grande y el texto está mejor distribuido.

Sexto. Si nos equivocamos en una palabra -a todos puede pasar- lo correcto es detenernos un momento y volvería a decir con calma (pero no hace falta decir “perdón”).

Moniciones antes de las lecturas

Suele ser útil, antes de las lecturas (especialmente de la primera y segunda), leer unas breves moniciones o introducciones. Que ayuden a los asistentes a situarse para poder entenderlas mejor.

Pero estas introducciones no debe leerlas la misma persona que luego hará la lectura. Y -a ser posible- desde otro lugar (el ambón, lugar de la lectura de la Palabra de Dios, no debería utilizarse para nada más). O puede hacerlas también el celebrante.

RECORDEMOS ALGUNAS NORMAS IMPORTANTES

- * **Leerse antes la lectura.** Al menos un par de veces: primero, para conocer qué dice y qué me dice particularmente a mí; después, para fijarse en las frases, las palabras difíciles, las palabras o frases más importantes, las pausas que hay que hacer... Si puede ser en voz alta, mejor.
- * **Asegurarse de que el micrófono está a la distancia adecuada.** Hay que saber cuál es la distancia correcta de aquel micrófono concreto (es decir, haberlo ensayado antes). Normalmente se aconseja colocar el micro a un palmo de la boca.
- * **Hacer una pausa larga** después del encabezamiento ("Lectura del...") , y también al final, antes de decir "Palabra de Dios". Y no irse hasta que la asamblea haya respondido "Te alabamos, Señor".
- * **En medio, no precipitarse.** La mayoría de los lectores corren demasiado. No hay que acelerarse, hay que abrir bien la boca (más que cuando hablamos normalmente), vocalizar, no comerse las letras ni las sílabas, no bajar el tono en los finales de frase, respetar los puntos y las comas, hacer breves silencios después de las frases importantes...
- * **Pedir opinión** es una buena manera de mejorar. No se trata de hacer una gran encuesta, pero sí de preguntar de vez en cuando en qué fallamos. Para intentar corregirlo.
- * **Ensayar en voz alta.** No sólo con las lecturas que tenemos que leer a la asamblea, sino como ejercicio personal: escoger una lectura determinada, y leérsela, e ir descubriendo los matices... esto nos ayudará a la hora de leer cualquier otra. Y esto mismo, hacerlo en grupo: encontrarse alguna vez unos cuantos lectores, leer y escucharse para ir mejorando...

LEER

PARA LA COMUNIDAD

Lo sabemos bien: leer la Palabra de Dios es una parte muy importante de nuestras misas.

También sabemos otra cosa: que leer bien es un gran servicio que hacemos a la comunidad.

Y una tercera: que no es fácil hacerlo bien.

¿Cómo podemos mejorar? ¿Cómo podemos hacer que la Palabra de Dios, a través de nosotros, llegue con toda su fuerza a la asamblea cristiana?



Nadie nace enseñado. Y todos aprendemos a hacer las cosas, haciéndolas. Esto significa que no tenemos que tener ningún reparo de ofrecer nuestro servicio como lectores cuando se nos pida, aunque sepamos que no lo hacemos perfectamente. Pero también quiere decir que vale la pena dedicar todos los esfuerzos que podamos a mejorar nuestra manera de leer.

Mejorar la manera de leer... No sólo técnicamente (vocalización, guardar la distancia adecuada del micrófono, realizar las pausas necesarias...), sino también espiritualmente, conociendo mejor lo que leemos y viviéndolo de verdad.

DIOS DIRIGE LA PALABRA A TRAVÉS DE NOSOTROS

Leer bien es re-crear, dar vida a un texto, dar voz a un autor. Es transmitir a la comunidad lo que Dios le quiere decir hoy, aunque el texto pertenezca a libros antiguos.

Se trata, no sólo de que se escuche bien el sonido, sino de que se facilite el que todos vayan captando el sentido y el mensaje que nos viene de Dios, y se sientan movidos a responderle. El texto a veces es difícil. Las motivaciones y la preparación de los presentes no siempre están muy despiertas. Si, además, el lector cae en los conocidos defectos –precipitación, mala pronunciación, fraseo inexacto, tono desmayado, mal uso de los micrófonos– se corre el peligro de que la llamada “celebración de la Palabra” sea un momento poco menos que rutinario e inútil dentro de la misa.

Un lector tiene que ser buen “conductor” de la Palabra. Para que llegue a todos en las mejores condiciones posibles y todos puedan decir su “sí” a Dios. Por esta persona la Palabra de Dios se “encarna” y se hace vida. De la “escritura” pasa a ser *palabra viva dicha hoy y aquí para esta comunidad*. El lector o lectora, por tanto, deberá hacer todo lo que esté en su mano para ser buenos mediadores del mensaje de Dios.

EL LECTOR, EL PRIMER OYENTE

El lector es el primer oyente de la Palabra, el primero que ha de “escuchar” en su interior lo que Dios dirá –por su boca– a la asamblea.

La preparación de una lectura, por tanto, tendría que comenzar siempre con actitud de oración: esto que ahora leeré ¿qué me quiere decir? ¿qué mensaje me dirige Dios a través de su Palabra?

Para tener esta actitud de oración ante la Palabra de Dios, sin duda, será una ayuda que el lector “ame” la Biblia, la lea a menudo, la conozca...

CADA LECTURA TIENE UN TONO DIFERENTE

Busquemos por ejemplo, en nuestro *Misal*, el primer domingo de Adviento del ciclo B, y fijémonos en las tres lecturas.

- * La **primera lectura**, del capítulo 63 de Isaías (“¿Ojalá rasgases el cielo y bajases!”), es una oración llena de angustia y anhelo ante Dios. Una oración en situación de desconcierto, que pide con confianza que Dios actúe.
- * El **salmo 79** (“Pastor de Israel, escucha...”) es, como la mayoría de los salmos, una oración en forma de poema.
- * La **segunda lectura**, del comienzo de la carta a los Corintios (“Aguardáis la manifestación de Jesucristo”), tiene un tono de conversación escrita, con palabras de satisfacción y de estímulo.
- * El **evangelio**, del capítulo 13 de Marcos (“¡Velad!”), es una exhortación vehemente, una llamada de Jesús a sus discípulos que pide una respuesta decidida.

Ya se ve que la manera como se tiene que leer cada una de estas lecturas será diferente. Es cierto que cada uno de nosotros tiene su propio tono y si queremos cambiarlo se notará que estamos haciendo comedia. Pero, dentro de nuestro estilo, sí que, si hemos entendido bien lo que leemos, se notará la diferencia en la manera de comunicar cada lectura: la primera lectura y el salmo los leeremos de forma más pausada y sentida, la segunda lectura de manera más sencilla y directa, el evangelio de forma más fuerte y vehemente. Aunque, como hemos dicho anteriormente, siempre sin hacer comedia.

UN MISAL Y UNA BIBLIA

Cualquier cristiano tendría que tener estos dos libros en casa, y un lector más aún.

El primer lugar, el Misal manual, donde se encuentran las lecturas de los domingos y fiestas. Para poderse preparar lo que tiene que leer, e irse empapando también de la Palabra de Dios que leemos cada domingo. Aunque aquel domingo no le toque leer, hará bien si lee en casa las tres lecturas, para ir adentrándose cada vez más en el mensaje de la palabra de Dios.

En segundo lugar, la Biblia. Porque es un punto de referencia fundamental de la vida cristiana y nos puede ayudar a conocer mejor lo que leemos. Por ejemplo, a veces nos irá bien leer las introducciones que hay en cada libro, o las notas a pie de página...

libro, sino hacia la comunidad, a la que se quiere comunicar el contenido del texto.

31. Si el ambón es demasiado bajo, es mejor levantar el libro con las manos, pero no bajar la cabeza.

¿Cómo terminar la lectura?

32. Hacer una pausa después de la última frase, antes de decir "Palabra de Dios".
33. Decir simplemente "¡Palabra de Dios!", y nada más (por ejemplo: "Hermanos, esta es Palabra de Dios" o expresiones parecidas). Se trata de una aclamación ("¡Palabra de Dios!"), no de una afirmación o de una explicación ("Es Palabra de Dios").
34. Escuchar desde el ambón, sin retirarse todavía, la respuesta de la asamblea, incluso cuando sea una aclamación cantada.
35. Abrir el Leccionario en la página del salmo responsorial o de la siguiente lectura, para dejarlo todo listo para el que sigue.
36. Volver al sitio con paso normal, caminando con calma y firmeza, con naturalidad. No hace falta quedarse allí para acompañar al siguiente lector.

"La preparación de los lectores debe ser ante todo espiritual, pero también es necesaria la preparación llamada técnica.

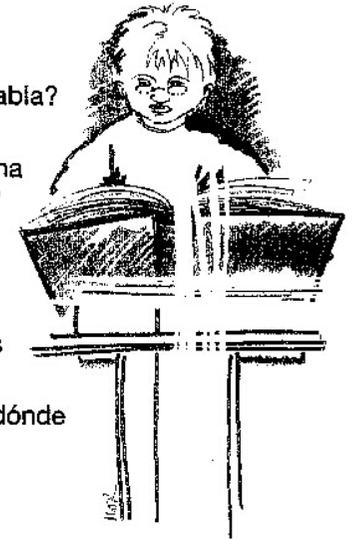
La preparación espiritual presupone, por lo menos, una doble instrucción: bíblica y litúrgica. La instrucción bíblica debe apuntar a que los lectores estén capacitados para percibir el sentido de las lecturas en su propio contexto y para entender a la luz de la fe el núcleo central del mensaje revelado. La instrucción litúrgica debe facilitar a los lectores una cierta percepción del sentido y de la estructura de la liturgia de la palabra y las razones de la conexión entre la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística.

La preparación técnica debe hacer que los lectores sean cada día más aptos para el arte de leer ante el pueblo, ya sea de viva voz, ya sea con ayuda de los instrumentos modernos o de ampliación de la voz" (Leccionario n. 55).

VADEMÉCUM DEL BUEN LECTOR

Conocer y entender el texto

1. ¿Quién habla en el texto? ¿a quién habla? ¿acerca de qué? ¿con qué finalidad?
2. ¿Qué clase de texto es? ¿un relato? ¿una exhortación? ¿un diálogo? ¿una oración? ¿una acusación?
3. ¿Qué sienten las personas que encontramos en el texto?
4. ¿Hay en este pasaje algunas palabras difíciles de entender? ¿qué significan?
5. ¿Se divide el texto en varias partes? ¿dónde comienza y termina cada parte?



Preparar la expresión de la lectura

6. ¿Cuáles son las palabras más importantes y las frases principales a subrayar en el pasaje?
7. ¿Dónde hay que hacer una pausa breve y dónde una pausa más prolongada?
8. ¿Dónde hay que evitar de hacer una pausa?
9. ¿Cuál es el tono de voz (o los varios tonos de voz) que conviene para este texto?
10. ¿Cuál es el ritmo que debo usar en cada parte del texto (más lento o más acelerado, aunque nunca de prisa)?
11. Pronunciar bien cada palabra y cada sílaba. Vocalizar bien.
12. Evitar el defecto de bajar demasiado el volumen de la voz al final de las frases.
13. Para estar seguro, prepararse antes y repetir la lectura en voz alta, varias veces.

Expresar los sentimientos del autor y de los personajes

14. No se trata de declamar o de dramatizar. La lectura o proclamación no es una representación teatral, y hay que evitar atraer la atención del que escucha sobre la persona del lector en vez que sobre la Palabra de Dios. Pero el lector no debe permanecer indiferente a lo que está leyendo. Debe leer de tal manera que lo que está proclamando "acontezca" a la vista de los oyentes. Mediante su entonación debe hacer llegar a los oyentes los sentimientos expresados en el texto. La "liturgia de la Palabra" debe ser "celebración de la Palabra".

Averiguar algunos aspectos antes de la celebración

15. ¿Se encuentra el Leccionario (¡nada de folletos u hojas sueltas!) en el ambón? ¿está abierto en la página que corresponde?
16. ¿Está ya conectado y a buena altura el micrófono? (si no, hacer que lo conecten, arreglar la altura...). Para no tener que dar los golpes de rigor al micrófono a la hora de empezar la lectura...
17. ¿A qué distancia del micrófono hay que poner la boca para que la voz se oiga bien?

Saber ir al ambón

18. Situarse ya desde el inicio de la celebración en un lugar no muy lejos del ambón.
19. No desplazarse hacia el ambón hasta que se haya terminado lo que precede (canto, oración, monición).
20. Avanzar con un paso normal, sin ostentación ni precipitación; no con rigidez, sino con una digna naturalidad.

La postura del lector

21. Los pies bien plantados y firmes. Evitar balancearse o poner un pie hacia atrás.
22. Nada de brazos colgantes o cruzados o de manos en los bolsillos. Las manos se pueden tener juntas, o se pueden colocar en las orillas laterales del ambón, tocándolas ligeramente (no apoyándose en ellas), sin tocar el mismo Leccionario, para que en poco tiempo no esté todo untuoso...

"Cuando se leen en la iglesia las Sagradas Escrituras, es Dios mismo quien habla a su pueblo, y es Cristo mismo -presente en su Palabra- quien anuncia el Evangelio" (Misal n. 29).

Presentación del lector

23. No debe llevar nada que pueda distraer u ofender a los presentes, ni por ostentoso, ni por descuidado y poco conveniente o ridículo (ciertas camisetitas con anuncios inconvenientes, vestidos desarreglados o sucios, pelo "huracanado"...). Tener criterio y presentarse como una persona educada y normal.

Inmediatamente antes de comenzar

24. Una breve pausa para mirar a la asamblea, a fin de tenerla en la mente, puesto que es a ella a quien se habla, y también para establecer un contacto directo con ella antes de comenzar la proclamación.
25. Tomar buena respiración.
26. No iniciar nunca la lectura antes de que toda la asamblea esté tranquila, y se haya creado un clima de silencio y de atención (por ejemplo, esperar a que todos se hayan sentado tranquilamente).

Leer el título

27. Leer solamente el título bíblico, sin añadir nada más. No se dice "primera lectura", o "segunda lectura", o "salmo responsorial". Ni se dice "capítulo" o "versículo". No se lee el subtítulo o la frase en rojo que en el Leccionario precede a la lectura..

28. Después de leer el título, hacer una breve pausa antes de seguir proclamando el texto.

Leer lentamente

29. En general, se lee demasiado rápido y no se hacen las pausas debidas, siguiendo la puntuación y la lógica del texto. Hay que recordar que el oyente no es una grabadora, sino una mente humana, que debe tener el tiempo de sentir, de reaccionar, de oír, de entender, de coordinar y asimilar lo que oye. Cuando el lector tiene la impresión de leer demasiado despacio y de hacer pausas demasiado prolongadas, todavía suele estar leyendo rápido o apenas lo suficientemente lento...

"El lector tiene un ministerio propio en la celebración eucarística... Para que los fieles lleguen a adquirir una estima suave y viva de la Sagrada Escritura por la audición de las lecturas divinas, es necesario que los lectores sean de veras aptos y diligentemente preparados" (Misal n. 99).

Leer con la cabeza alta

30. Leer mostrando el rostro, y no la coronilla, a la asamblea. Al leer con la cabeza alta, la misma voz resulta más clara y fuerte, y no se dirige hacia el

ESCUCHAMOS LA PALABRA DE DIOS

Lo primero que hacemos, después de reunirnos y constituir la comunidad, es escuchar las lecturas bíblicas, la Palabra de Dios.

ESCUCHAR es algo más que oír. Es atender, ir asimilando y haciendo propio lo que se nos dice. Es algo activo, no pasivo.

En nuestras relaciones con los demás nos cuesta, pero es muy importante el saber escuchar. No solemos escuchar a los demás. Más bien, en lo que ellos dicen, nos escuchamos. Ellos nos «sus» cosas, y nosotros, y a la primera interrumpimos y hacemos «nuestras».

Escuchar es abrirse en nuestra existencia nos enriquece tanto la experiencia y del otro, y nos acerca

En la primera parte escuchamos al Dios que habla. A través de

Isaías o de Pablo, él nos habla hoy y aquí a nosotros, nos comunica su proyecto de salvación y su cercanía, y nos invita a la comunión de vida con él. Nuestro Dios no es un Dios mudo y lejano. Nos habla. Nos está presente. Nos dirige su Palabra.

Nuestra primera actitud, como cristianos, es la escucha atenta. «Celebramos» la Palabra. Para que, una vez asimilada, la podamos llevar a la práctica en la vida de cada día. Nos miramos al espejo de la Palabra para ir conformando nuestra historia al programa de Dios. Unas veces nos consuela y nos anima. Otras, juzga y desautoriza nuestro estilo de vida y nos invita a la conversión. Siempre nos ilumina, nos estimula, nos alimenta.



chamos a nosotros están contando nosotros pensara ocasión les interblamos de las

se al otro, admitir-tencia. Por eso to, nos llena de la pensamiento del a él.

te de la Misa, ES-DIOS. Nos abri-nos dirige su Pala-las páginas de

CRISTO JESÚS ES LA PALABRA

La Palabra que nos dirige Dios es una Persona: Cristo Jesús.

Cristo no sólo se nos dará en el Pan y el Vino. Ya está realmente presente en la Palabra que se nos proclama y que escuchamos.

Cristo no fue un señor que dijo palabras, o que mandó que escribieran palabras. El ES la Palabra que Dios nos dirige, la Palabra hecha Persona viviente. «La Palabra, que era Dios, se hizo hombre».

No se trata sólo de que las lecturas hablan de él. Aunque ahora no se le ve, ni se le oye directamente, pero a través de los lectores es él mismo, Cristo Jesús, el Resucitado, el que se nos comunica como la Palabra viviente de Dios. También a nosotros nos dice Dios: «Éste es mi Hijo amado, escuchadle».

«En las lecturas Dios habla a su pueblo,
le descubre el misterio de la redención y salvación
y le ofrece alimento espiritual.
Y el mismo Cristo, por su palabra,
se hace presente en medio de los fieles»

(Misal, n. 33).

LA DOBLE MESA

Los cristianos, cuando acudimos a celebrar la Eucaristía, somos invitados a una doble Mesa: la de la Palabra y la del Cuerpo y Sangre de Cristo.

a) Ante todo, Cristo Jesús se nos da en alimento como la Palabra. Ya «comemos» y «comulgamos» a Cristo como Palabra. O sea, no sólo oímos, sino le escuchamos, le admitimos dentro de nosotros, asimilamos su Palabra, para llevarla a la práctica, aceptando su mentalidad y su estilo de vida. No sólo cuando es fácil, sino también cuando nos parece exigente.

b) Y así, preparados por él mismo, nos disponemos a recibirle como Pan y Vino en la comunión eucarística, porque él mismo quiso ser alimento para nuestro camino.

Cristo-Palabra y Cristo-Pan. Un doble y progresivo encuentro con el mismo Cristo. Como los discípulos de Emaús, que le reconocieron en la fracción del Pan. Pero luego decían: ¿no ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?

SIGNOS DE RESPETO

Cuando apreciamos algo o a alguien, se nota en los signos exteriores de nuestro trato.

Si nos damos cuenta de la importancia de la Palabra de Dios que se nos proclama, tendría que notarse claramente por los signos de respeto y aprecio:

- la dignidad del Libro, del leccionario: que luego puede quedar abierto en el ambón, en la página que se ha leído,
- el ambón desde el que se proclaman las lecturas bíblicas, adornado, noble, hacia el que se dirigen en la primera parte de la Misa las miradas de todos; y reservado a estas lecturas: desde el ambón nos habla Dios (lecturas, salmo), mientras que nuestras oraciones, avisos, moniciones, explicaciones, se hacen de otra parte,
- la preparación de los lectores: la lectura de la Palabra es demasiado importante como para improvisarla («¿quién quiere salir a leer?»), sino que se prepara cuidadosamente, para que llegue a los presentes en las mejores condiciones posibles.

NUESTRA ACTITUD ANTE LA PALABRA

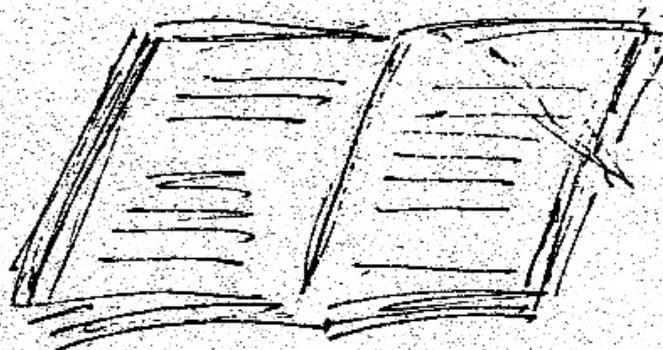
- ante todo, *la puntualidad* a la Misa, porque ya desde el principio tenemos que poder escuchar bien lo que Dios nos dice; si no somos puntuales, perdemos esta Palabra y, además, al llegar tarde, estorbamos a los demás;
- *la atención* llena de fe y de interés: es la palabra más importante que escuchamos a lo largo de la semana; todos los presentes deberían estar totalmente atentos a las lecturas, sin otros movimientos o quehaceres;
- actitud de *acogida y de obediencia*, porque cuando Dios comunica su Palabra, espera siempre una respuesta, siguiendo el consejo de Santiago: «poned por obra la Palabra y no os contentéis con oírla». Entonces es cuando en verdad edificamos sobre roca el edificio de nuestra vida.

LA ESTRUCTURA

- la *1. lectura* es normalmente del Antiguo Testamento: la historia del pueblo de Israel nos prepara para comprender la plenitud de Cristo; le sigue *el salmo*, que nos ayuda a meditar en lo que ha dicho la 1ª lectura; se llama «salmo responsorial», porque la comunidad va respondiendo a las estrofas del cantor;
- la *2. lectura* es de los Hechos o de las Cartas que los Apóstoles escribieron a sus comunidades cristianas, invitándoles a vivir según Cristo;
- y, precedido por la aclamación del Aleluya, se proclama la tercera lectura, *el evangelio*, la Palabra más importante, la de Cristo;
- *la homilía* del sacerdote que preside explica y aplica a nuestra vida lo que han dicho las lecturas bíblicas;
- la comunidad entona *el Credo*, la profesión de fe, como respuesta a la Palabra;
- y eleva a Dios *la oración universal*, intercediendo por las intenciones más urgentes de la Iglesia y la humanidad, sobre todo de los que sufren.



EL BUEN SERVICIO DEL LECTOR



En nuestras misas, una parte muy importante son las lecturas de la Palabra de Dios.

Por eso, leerlas bien es un excelente servicio a la comunidad cristiana. Es dar nuestra voz a Dios para que a través nuestro hable a su pueblo.

De ahí la importancia de que, en nuestra iglesia, leamos y escuchemos cada vez mejor la Palabra de Dios.

Explica el evangelio de san Lucas que Jesús, al comenzar su predicación, fue el sábado -como era su costumbre- a la sinagoga de Nazaret y *"se puso en pie para hacer la lectura"* (aquel día leyó un trozo del profeta Isaías). Y que, terminada la lectura, dijo: "Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír".

El lector, en nuestras misas, hace como Jesús en la sinagoga. Y debe procurar hacerlo tan bien como él lo hizo. Así ayudará a que, para todos, lo que leemos no sea como cosa de otro tiempo sino mensaje de Dios para hoy, para nuestra vida.

SEIS NORMAS FUNDAMENTALES PARA UNA BUENA LECTURA

- 1** Antes de empezar la lectura, coloque el *micrófono* a un palmo (más o menos) delante de la boca.
- 2** Al empezar, NO debe leerse lo que está en *rojo* (por ejemplo: no debe decirse "Primera lectura"). Lea con entonación el título de la lectura (por ejemplo: Lectura del profeta Isaías), mire a los asistentes y espere unos segundos antes de continuar.
- 3** Al leer, tenga en cuenta que lo más importante es *no precipitarse*. La mayoría de lectores corren demasiado. No se trata de terminar lo antes posible, sino de que los asistentes puedan seguir y enterarse de lo que se lee.
- 4** Por eso, es necesario hacer caso de las *señales de tráfico* de la lectura: las comas y los puntos. Las *comas* son como un "ceda el paso" (una leve pausa) mientras que los *puntos* son como un "stop" (un pararse un par de segundos).
- 5** Si antes se ha leído la lectura (mejor un par de veces) sabrá mucho mejor cómo leerla bien. Darle sentido. Facilitar que se entienda. Por ejemplo, en la frase: "Dios no salvó a UN pueblo, sino a TODOS los pueblos de la tierra", subrayar con la voz estas dos palabras clave.
- 6** Al terminar la lectura, espere unos tres segundos y diga mirando a los asistentes y con cierta solemnidad (¡es una aclamación!): **PALABRA DE DIOS**. Y espere la respuesta antes de irse, sin prisas.

Y nueve consejos para mejorar nuestro servicio de lectores

Primero. *Leerse antes la lectura.* Mejor dos veces (una para saber qué dice; la segunda para fijarse en las palabras o nombres que nos puedan resultar más difíciles). Y, aún mejor, leerla en voz alta (así "tropezaremos" con las dificultades y luego las podremos evitar mejor).

Segundo. Es decisivo *cómo comenzamos* la lectura. Para el que lee y para quienes escuchan. Para quien lee, porque si empieza a acelerarse desde el principio o empieza inseguro, la cosa irá empeorando. Para quien escucha, porque si el principio no se entiende, la atención cae en picado.

Tercero. Para que se nos oiga y entienda bien, son importantes dos cosas: la primera es *no bajar la cabeza*, la segunda es *abrir más la boca* de lo habitual. Con la cabeza alta, la voz resultará más clara y el tono más elevado (si hace falta, podemos levantar el libro). Abriendo bien la boca, las vocales nos saldrán más redondas y las consonantes más contrastadas.

Cuarto. Durante la lectura, nos ayudará el *mantener la ilusión* en el servicio que estamos realizando (prestamos nuestra voz a la Palabra de Dios y servimos a la comunidad cristiana). Esta ilusión por hacer bien -con sencillez- este servicio, hará que leamos con una tonalidad amable, no agresiva ni hiriente pero tampoco desganada. Porque toda lectura de la Palabra de Dios es una "buena y alegre noticia".



Moniciones antes de las lecturas

Suele ser útil, antes de las lecturas (especialmente de la primera y segunda), leer unas breves moniciones o introducciones. Que ayuden a los asistentes a situarse para poder entenderlas mejor.

Pero estas introducciones no debe leerlas la misma persona que luego hará la lectura. Y -a ser posible- desde otro lugar (el ambón, lugar de la lectura de la Palabra de Dios, no debería utilizarse para nada más). O puede hacerlas también el celebrante.

Quinto. Conviene leer en el libro del Leccionario, no en hojas diocesanas o misalitos. Porque para eso está el Leccionario (y es dar nobleza a la lectura). Y porque su letra es más grande y el texto está mejor distribuido.

Sexto. Si nos equivocamos en una palabra -a todos puede pasar- lo correcto es detenernos un momento y volverla a decir con calma (pero no hace falta decir "perdón").

Séptimo. Ya que antes de leer en público, nos habremos leído el texto, sabremos si se trata de una narración, una exhortación, una reflexión, etc. Y nos hará ilusión saber *atinar en el modo adecuado* de leerlo. Por ejemplo, si es una narración saber distinguir el tono del narrador, el de los diálogos... Si es una exhortación saber leerla con convicción. Atinar en todo eso no es difícil: basta buen sentido y ganas.

Octavo. Puede sorprender pero para una buena lectura son muy importantes *los silencios*. Los silencios -las pausas- dan luz a las palabras. El lector que sabe respetar los silencios (por ejemplo, en los puntos y aparte) y además los aprovecha para respirar, es casi seguro que se hace escuchar.

Noveno. En todo es bueno escuchar la opinión de los otros. Por eso, sería conveniente que las personas que leen habitualmente en cada iglesia, se encontraran para intercambiar opiniones, para hacer algún ejercicio de lectura, etc.

Lectura del salmo

El ideal es que el salmo después de la primera lectura se cante. Pero si no se canta, conviene que no lo lea la misma persona que la primera lectura. Con todo, si lo es, debe dejar un espacio de silencio antes de empezar (empalmar ambos textos es quitar sentido a los dos).

Al empezar, NO se dice "Salmo responsorial".

Lo mejor es que antes de iniciar salmo, se cante un canto breve (antifona) que se vaya alterando con las estrofas del salmo.

El Leccionario incluye una frase que -si no se canta- puede utilizarse como respuesta del pueblo a cada estrofa (la indica con una R. de respuesta). Pero, especialmente en las misas dominicales, *es preferible* no leerla y que los asistentes no deban repetirla. ¿Por qué? Porque lo más importante es que escuchen el salmo y no estar pendientes de esta respuesta.

Los salmos son oraciones en forma de poesía. Por tanto, requieren una lectura pausada, sentida.



Buzón MD

CÓMO DEBEMOS LEER LA PALABRA DE DIOS

Con alegría, porque la Palabra de Dios es una "buena noticia" que nosotros proclamamos.

Con fe, porque sabemos que el mensaje es de Dios y va dirigido a cada uno de nosotros.

Con espíritu de servicio, porque somos servidores de Dios y de la comunidad reunida en su nombre.

Con ilusión, poniendo todo nuestro empeño en que la palabra penetre en el corazón de los que la escuchan. Como si todo dependiera de nosotros, pero...

Con humildad, sabiendo que solo prestamos nuestra voz. Es el espíritu quien de verdad actúa en los corazones de los que se abren a él.

Con técnica, porque tiene que llegar a la asamblea sin que se pierda una sílaba. Hay que darle vida y huir de la voz monocorde. Leyendo más lentamente las frases que queramos resaltar. Debemos recordar que los espacios de silencio ayudan a interiorizar mucho mejor el mensaje. Es aconsejable que releamos de vez en cuando la hoja "el buen servicio del lector". Nuestra veteranía no lo es todo. Debemos estar siempre en actitud humilde: abiertos al aprendizaje.

Con profundo respeto, nuestro cuerpo, nuestro vestido, nuestros movimientos, el manejo del leccionario... nuestro sencillo recogimiento corresponde a una acción sagrada.

Con sentimiento, esto no lo da la técnica, ni los años de experiencia. Sólo lo da la meditación previa de esa palabra que proclamamos.

Nuestra labor de lectores será tanto más fecunda cuanto más la interioricemos, y cuanto más convicción pongamos. Cuanto más sinceros y naturales seamos.

Parroquias del Sector Abando-Albia

□ (Bilbao)

→ Hoja complementaria a la que publicó MD 16(1995) titulada "El buen servicio del lector"

Lea Ud. bien: es Dios quien está hablando

Es Dios quien está hablando, pero en algunas iglesias no se le oye. Cuando la proclamación de la Palabra es rutinaria, sin vida, da la impresión de que los lectores ignoran que Dios se comunica a través de ellos. O, si lo saben, no actúan como si lo creyeran. Por tanto, la asamblea tampoco se lo cree. Y la Palabra cae en terreno pedregoso.

Por medio de los lectores, Dios quiere dirigir una palabra viva, activa, que aunque se escuche por enésima vez debería sonar tan nueva como cuando se proclamó por vez primera. Cuando se anuncia la Palabra de Dios a la comunidad, recibimos en el Espíritu la gracia de llevar esa misma Palabra al mundo como testigos de la verdad. ¿Por qué no cree esto la gente? En gran parte, porque los lectores no se toman a veces muy en serio su ministerio.

Hay personas que se ofrecen voluntarias para leer, pero en muchas comunidades les falta la correspondiente formación para ejercer bien este ministerio. A veces se equivocan hasta de domingo: señal de que no se han preparado. Los lectores deberían tener conciencia de que Dios habla por medio de ellos: que Dios, en este momento, usa la voz de ellos para comunicarse a su pueblo congregado. Cuando el lector ha asimilado esta convicción, se prepara mejor. Se prepara, no tanto para "leer", sino para "proclamar" esa Palabra. Aparte de la técnica humana de una buena lectura y vocalización, está la gracia del Espíritu para que el lector se sienta portavoz de Dios y lea desde la fe. Y así transmite a la comunidad una actitud de escucha desde el silencio que lleva a la acogida de la Palabra y al deseo de ponerla en práctica en la vida.

Tuve una experiencia muy viva en Nigeria. La lectura –Isaías 5: el canto de amor de su amigo por la viña y la desilusión por su esterilidad– se había leído primero en inglés. Pero luego se levantó una lectora para leer en yoruba. Toda la asamblea, unos 300 fieles, la escuchó embelesada, absorta en la poesía que transmitía su modo de leer y su total convicción. Cuando acabó, todos estábamos envueltos en el más profundo silencio, empapados del mensaje lleno de tristeza y desilusión. Un mensaje que ella consiguió comunicarnos con su lectura viva y convencida...

Resumido de un artículo publicado en el semanario *The Tablet*, de Gran Bretaña, por M. Tolley

RESUMEN SACRAMENTUM CARITATIS

EUCARISTÍA Y SACERDOCIO

La relación entre el Sacramento de la Eucaristía se sitúa en las palabras de Cristo en la última Cena: "Haced esto en memoria mía" (L22, 19). Nadie si no es el sacerdote ordenado puede pronunciar las palabras de la Consagración. La ordenación sacerdotal es válida y condición indispensable para la Eucaristía.

Sacerdocio y Celibato: Mediante la ordenación sacerdotal el sacerdote se configura con Cristo. Respetando la tradición oriental que admite sacerdotes casados. El Papa relaciona el sentido del celibato con Cristo sacerdote para siempre, expresión de la dedicación plena de Cristo, dedicación total y exclusiva por el Reino de Dios y la Iglesia, asemejarse a Cristo que fue obediente al Padre, pobre y casto..

Ante la escasez de sacerdotes la Iglesia sigue ofreciendo a los jóvenes el carisma del celibato y la vida religiosa. Es la dedicación y entrega al servicio de los hermanos.

EUCARISTÍA Y MATRIMONIO

En la teología de San Pablo el matrimonio es signo del amor de Cristo a la Iglesia. Un amor que alcanza su punto culminante en la cruz. El vínculo fiel, indisoluble y exclusivo que une a Cristo con su Iglesia, tiene su expresión sacramental en la Eucaristía. Esto exige la indisolubilidad a la que aspira todo verdadero amor." El matrimonio por exigencia del amor de los esposos y de cara a la educación de la prole es indisoluble.

Los divorciados casados de nuevo no pueden ser admitidos a los sacramentos, en concreto a la Sagrada Comunión, su manera de vivir contradice esta unión de amor entre Cristo y la Iglesia que se significa y actualiza en la Eucaristía.

Seguir lo del texto Pag 96

LA ORACIÓN POR LOS DIFUNTOS

En la Eucaristía anunciamos la muerte de Cristo, proclamamos su resurrección, en la espera de su venida gloriosa, es prenda de la gloria futura en la que serán glorificados nuestros cuerpos. Con esta esperanza rezamos por los difuntos y ofrecemos sufragios por ellos.

MISTERIO QUE SE HA DE CELEBRAR

- Valorar el arte de celebrar y la belleza en la celebración. Que haya gusto por la belleza.
- Importancia del canto litúrgico, que debe estar en consonancia con la celebración. El canto Gregoriano es el canto propio de la celebración y el uso del latín. Mejorar la calidad de las Homilias.
- La Eucaristía, Misterio que se ha de vivir. Relación entre Eucaristía y vida
- Vivir el Domingo, centro del año litúrgico, fiesta primordial de los cristianos.
- La Eucaristía, misterio que debe ser anunciado. Es pan partido para la vida del mundo. La Eucaristía es el sacramento central de nuestra fe al cual se orientan todos los demás sacramentos, Ya el Papa Juan Pablo II publicó la Carta: "La Iglesia vive de la Eucaristía" allí defendió la centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia. La Eucaristía es el alimento y pan de los fuertes. Jesús nos ha dicho: "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él"
- La Eucaristía es misterio que hay que creer, que hay que celebrar y que hay que vivir. (Sacramentum Caritatis de Benedicto XVI)

EXHORTACIÓN POST SINODAL DE BENEDICTO XVI: **“VERBUM DOMINI” LA PALABRA DEL SEÑOR** **EL PAPA BENEDICTO XVI “URGE A REVALORIZAR** **LA PALABRA DIVINA EN LA IGLESIA”**

La Exhortación recoge las conclusiones del Sínodo celebrado en Octubre del año 2008, sobre la Palabra de Dios..

Este documento del Papa Benedicto XVI consta de una Introducción: “La Palabra del Señor permanece para siempre y Esa Palabra es el Evangelio que os anunciamos” (1 Pedro 1, 25; Isaías 40,8) Números 1- 5).

Primera Parte: El Dios que habla: Dios en diálogo. “En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.. Y la Palabra se hizo carne”(Jn 1, 1-14) (Números 6- 49)

Segunda parte: La Palabra de Dios y la Iglesia: “A cuantos la recibieron les da poder para se hijos de Dios” (Jn 1, 12) (Números 50- 89)

Tercera Parte: La Palabra de Dios en el mundo. “La Misión esencial de la Iglesia: Anunciar la Palabra de Dios al mundo” (Números 90- 120)

Conclusión: La Palabra definitiva de Dios. Nueva Evangelización y nueva escucha. La Palabra y la alegría. Esa relación entre la Palabra de Dios y la alegría se manifiesta en María “Madre del Verbo y Madre de la alegría: “Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá” (Lucas 1, 45). Jesús además afirma : “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra” (Lucas 8, 21) (Números 121- 124)

LA SAGRADA ESCRITURA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Veneración Por la Escritura DV 21: La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la Liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo

La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición.

DV 2: Plugo a Dios revelarse a Si mismo y manifestar el misterio de su voluntad hablando a los hombres como amigos. Esta revelación se realizó con hechos y palabras íntimamente enlazados, y resplandece en Cristo mediador y plenitud de la revelación

EXHORTACIÓN POST SINODAL DE BENEDICTO XVI: **“VERBUM DOMINI” LA PALABRA DEL SEÑOR** **EL PAPA BENEDICTO XVI “URGE A REVALORIZAR** **LA PALABRA DIVINA EN LA IGLESIA”**

La Exhortación recoge las conclusiones del Sínodo celebrado en Octubre del año 2008, sobre la Palabra de Dios..

Este documento del Papa Benedicto XVI consta de una Introducción: “La Palabra del Señor permanece para siempre y Esa Palabra es el Evangelio que os anunciamos” (1Pedro 1, 25; Isaías 40,8) Números 1- 5)

Primera Parte: El Dios que habla: Dios en diálogo. “En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.. Y la Palabra se hizo carne”(Jn 1, 1-14) (Números 6- 49)

Segunda parte: La Palabra de Dios y la Iglesia: “A cuantos la recibieron les da poder para se hijos de Dios” (Jn 1, 12) (Números 50- 89)

Tercera Parte: La Palabra de Dios en el mundo. “La Misión esencial de la Iglesia: Anunciar la Palabra de Dios al mundo” (Números 90- 120)

Conclusión: La Palabra definitiva de Dios. Nueva Evangelización y nueva escucha. La Palabra y la alegría. Esa relación entre la Palabra de Dios y la alegría se manifiesta en María “Madre del Verbo y Madre de la alegría: “Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá” (Lucas 1, 45). Jesús además afirma : “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra” (Lucas 8, 21) (Números 121- 124)

Verbum Domini, es la nueva Exhortación Apostólica de Benedicto XVI. Con estas palabras empieza el documento, y sirven de presentación de lo que pretende .

“LA PALABRA DEL SEÑOR permanece para siempre. Y esa palabra es el Evangelio que os anunciamos” (1 P 1,25: cf. Is 40,8). Esta frase de la Primera carta de san Pedro, que retoma las palabras del profeta Isaías, nos pone frente al misterio de Dios que se comunica a sí mismo mediante el don de su palabra. Esta palabra, que permanece para siempre, ha entrado en el tiempo. Dios ha pronunciado su palabra eterna de un modo humano; su Verbo «se hizo carne» (Jn 1,14). Ésta es la buena noticia. Éste es el anuncio que, a través de los siglos, llega hasta nosotros. La XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebró en el Vaticano del 5 al 26 de octubre de 2008, tuvo como tema La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. (...) En este sentido, deseo indicar algunas líneas fundamentales para revalorizar la Palabra divina en la vida de la Iglesia, fuente de constante renovación, deseando al mismo tiempo que ella sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial.

En la Exhortación el Papa afirma, entre otras cosas, que el tiempo de la Iglesia «ha de ser cada día más el de una nueva escucha de la Palabra de Dios y de una nueva evangelización». En el documento también se invita a los laicos a comprometerse con la tarea de «intervenir directamente en la acción social y política»; se señala como objetivo de la Iglesia «descubrir la centralidad de la Palabra de Dios»; y se llama a la Iglesia a utilizar «los medios más eficaces —como los nuevos medios de comunicación e internet— para proclamar la Palabra»

Verbum Domini, en diez frases

- «La fe cristiana no es una *religión del Libro*; el cristianismo es la *religión de la palabra de Dios*, no de una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo» (n. 7).
- «Es la tradición viva de la Iglesia la que nos hace comprender de modo adecuado la Sagrada Escritura como Palabra de Dios» (n. 17).
- «Es decisivo desde el punto de vista pastoral mostrar la capacidad que tiene la palabra de Dios para dialogar con los problemas que el hombre ha de afrontar en la vida cotidiana» (n. 23).
- «Se requiere que los predicadores tengan familiaridad y trato asiduo con el texto sagrado; que se preparen para la homilía con la meditación y la oración, para que prediquen con convicción y pasión» (n. 59).
- «La actividad catequética comporta un acercamiento a las Escrituras en la fe y en la tradición de la Iglesia, de modo que se perciban esas palabras como vivas, al igual que Cristo está vivo hoy donde dos o tres se reúnen en su nombre» (n. 74).
- «La *Lectio divina* es verdaderamente capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente» (n. 87).
- «Muchos hermanos están bautizados, pero no suficientemente evangelizados. Con frecuencia, naciones un tiempo ricas en fe y vocaciones van perdiendo su propia identidad, bajo la influencia de una cultura secularizada. La exigencia de una nueva evangelización, tan fuertemente sentida por mi venerado predecesor, ha de ser confirmada sin temor, con la certeza de la eficacia de la Palabra divina» (n. 96).
- «La Palabra de Dios llega a los hombres por el encuentro con testigos que la hacen presente y viva» (n. 97).
- «En el contexto actual, es necesario más que nunca redescubrir la palabra de Dios como fuente de reconciliación y paz, porque en ella Dios reconcilia en sí todas las cosas: Cristo es nuestra paz, que derriba los muros de división» (n. 102).
- «En el mundo de Internet, que permite que millones y millones de imágenes aparezcan en un número incontable de pantallas de todo el mundo, deberá aparecer el rostro de Cristo y oírse su voz, porque, si no hay lugar para Cristo, tampoco hay lugar para el hombre» (n. 113).

La traducción del «pro multis» de la consagración del vino

En el Nuevo Testamento encontramos el relato de la Última Cena en cuatro lugares: Mateo (26,26-29), Marcos (14,22-25), Lucas (22,15-20) y 1 Corintios (11,23-26). En Mateo y Marcos, Jesús afirma que su sangre va a ser derramada «por muchos» (en latín «pro multis»); en Lucas y Pablo «por vosotros».

Tras el Concilio Vaticano II, al preparar las versiones en lenguas vernáculas del Misal, no se tradujo literalmente la expresión «pro multis» sino que emplearon la palabra «todos», al considerar que Jesús había hecho un ofrecimiento universal de su vida, que no está reservado a un cierto número de destinatarios (cf. Juan 4,42; 6,51; 11,52; Romanos 5,15; 2 Corintios 5,14-15; Tito 2,11; 1 Juan 2,2).

Sin embargo, actualmente parece más conveniente traducir fielmente las palabras «pro multis» de la consagración del vino, para no hacer una interpretación del texto, aunque tenga fundamento teológico, tal y como explicó el propio papa Benedicto XVI al presidente de la Conferencia Episcopal Alemana, en una carta del 2012.

¿No ha muerto Jesús por todos?

Este cambio podría hacer pensar que Jesús no ha muerto por todos o que la Iglesia ha modificado recientemente esta doctrina. Pero no es así, como vamos a explicar a continuación.

Recordemos que en los evangelios de Mateo y de Marcos, Jesús dice que su sangre es derramada «por muchos», mientras que en los textos de Lucas y de Pablo dice «por vosotros». La liturgia, que no sigue literalmente ninguno de los textos escriturísticos de la Última Cena, fusionó ambas formulaciones: «...este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por muchos...».

Por vosotros

Los discípulos saben que la misión de Jesús va más allá de ellos y de su grupo; que él ha venido para reunir a los hijos de Dios dispersos por el mundo (cf. Juan 11,52).

Pero el «por vosotros» que dice Jesús en la Última Cena, hace que su misión aparezca de forma absolutamente concreta para los presentes. Ellos no son miembros cualquiera de una enorme totalidad, sino que cada uno sabe que el Señor ha muerto «por mí», «por nosotros».

Por muchos

Jesús, aunque sabía el valor universal de su entrega, no dijo «por todos» sino «por muchos», utilizando la misma expresión que encontramos en la profecía de Isaías referida a la misión del siervo de Dios: «Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores» (53,12). De este modo, Jesús habría establecido un paralelismo con este pasaje del Antiguo Testamento, reconociéndose como el siervo de Dios, mostrando ser aquella figura que la palabra del profeta estaba esperando.

Por tanto, Jesús utilizó la expresión «por muchos» por fidelidad a las palabras del anuncio profético de Isaías y la Iglesia utiliza «por muchos» por un respeto reverencial a las palabras de Jesús.

Muchos-Todos

La dialéctica «muchos»-«todos» tiene su propio significado. «Todos» se mueve en el plano ontológico: el ser y obrar de Jesús, abarca a toda la humanidad. «Muchos» se refiere a la historia actual: en la comunidad concreta de aquellos que celebran la Eucaristía, él no llega a todos sino a muchos.

De ahí que sea posible reconocer un triple significado de la correlación entre «muchos» y «todos».

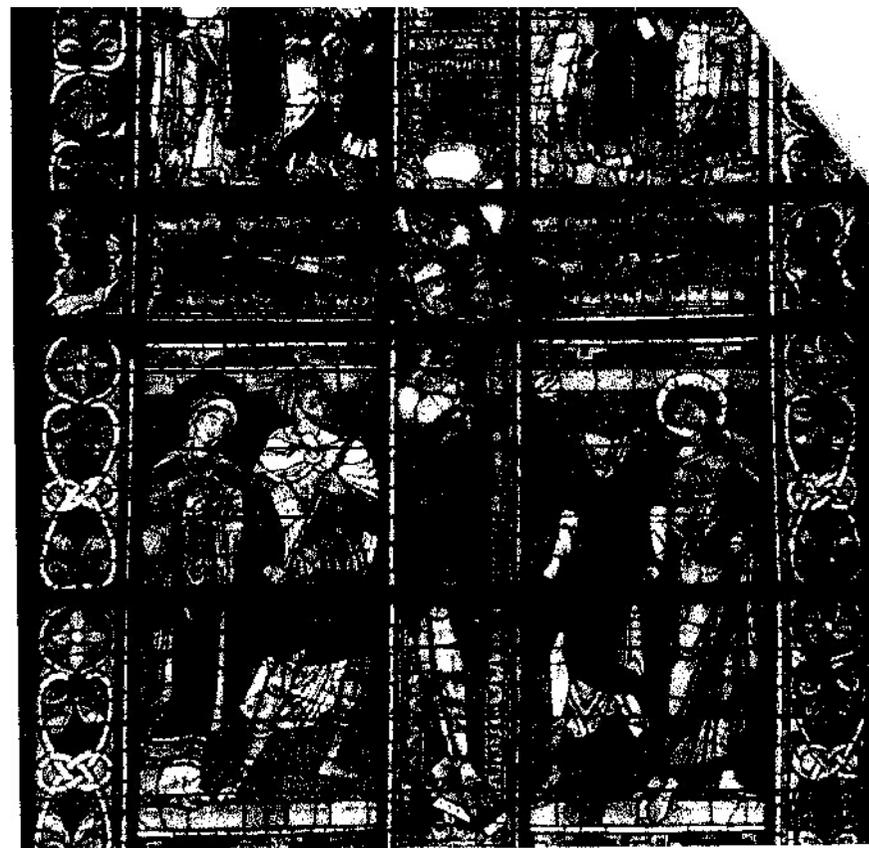
En primer lugar, para nosotros que podemos sentarnos a su mesa, debería significar sorpresa, alegría y gratitud,



porque él me ha llamado, porque puedo estar con él y puedo conocerlo. Además, esta invitación requiere mi respuesta: puedo acoger o no la invitación salvífica. Así, al decir «por muchos» permanece abierta la inclusión de cada uno de los seres humanos en ese grupo de los salvados por la muerte de Jesucristo; no obliga, como sería el caso de «todos». La salvación no es algo mecánico, sin el deseo o la participación voluntaria de cada uno. Todo lo contrario: el creyente es invitado a aceptar por la fe el don que le es ofrecido.

En segundo lugar, significa también responsabilidad porque los muchos tienen responsabilidad por todos. La comunidad de los muchos debe ser luz en el candelero, ciudad puesta en lo alto de un monte, levadura para todos. Esta es una vocación que concierne a cada uno de manera totalmente personal.

Y, finalmente, añadimos un tercer aspecto. En la sociedad actual tenemos la sensación de no ser en absoluto «muchos», sino muy pocos, una pequeña multitud, que se reduce continuamente. Pero no, somos «muchos» que representamos a todos.



LA NUEVA TRADUCCIÓN DEL «PRO MULTIS»

A partir del I Domingo de Cuaresma de 2017, 5 de marzo, entra en vigor la nueva traducción del *Misal Romano* en castellano para las diócesis de España.

Una de las novedades que conlleva es el cambio de las palabras que se refieren a la sangre de Cristo en el texto de la consagración del cáliz: «que será derramada por

vosotros y por todos los hombres» se sustituye por la expresión «que será derramada por vosotros y por muchos». Se trata de una modificación mandada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos en 2006, y que se va incorporando en las traducciones de la tercera edición del *Misal Romano* que se va publicando en los diversos idiomas.

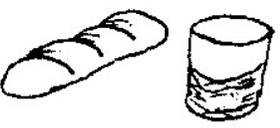
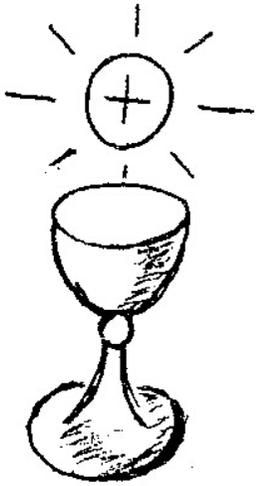
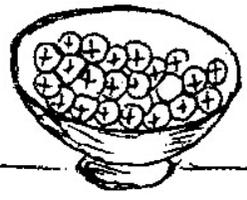


LA EUCARISTIA

- MOISES.- Dios le encargó que liberara al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto. A él, que era un pobre pastor, Dios le había dicho: "yo estaré contigo" (Ex.3,12)
- LA EUCARISTIA PREFIGURADA EN LA HISTORIA DE ISRAEL.- a) MELQUISEDEC... b) EL CORDERO PASCUAL Ex/16/c) EL MANA Ex/16/d) LA COMIDA Y BEBIDA MILAGROSA DEL PROFETA ELIAS... d) EL ARCA DE LA ALIANZA Ex.25,10
- PROMESA DE LA EUCARISTIA.-
En Cafarnaúm, después de la multiplicación de los panes, Jesús dice: "Yo soy el verdadero pan del cielo, el que coma de este pan vivirá para siempre, el pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo. (Ju. 6, 51)
- INSTITUCION DE LA EUCARISTIA EN LA ULTIMA CENA:
- COMO SACRIFICIO.- Al consagrar por primera vez la Eucaristia, Jesucristo ofreció ya sacramentalmente el sacrificio que consumaría al día siguiente muriendo en la cruz, ofreciendo así su cuerpo y sangre
- COMO BANQUETE SAGRADO.- En él se recibe a Cristo, se llena el alma de gracia y se nos da un anticipo de la gloria futura del cielo. Los cristianos nos reunimos en torno a la Mesa del altar, para celebrar la presencia salvadora de Cristo entre nosotros y para alimentarnos de su Cuerpo y de su Sangre.
- COMO VINCULO DE UNION con Dios...
- " " " " con los demás hermanos... "El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un sólo cuerpo, porque comemos un sólo pan" (1 Cor. 10, 17)

C A T E Q U E S I S

- LA MISA.- ¿ Cuando la instituyó Jesús?
¿ Porqué la Ultima Cena, fué a la vez, Banquete sagrado y Sacrificio?
- FIESTA.- La misa no es un recuerdo histórico e ineficaz. Es la fiesta de nuestra liberación, realiza la unión del pueblo que la celebra, implica solidaridad. Es la verdadera Pascua cristiana.
- Entre sus fines está: el Conmemorar... Recordar... Festejar o Anunciar algún hecho de alegría. Condiciones: participación de los asistentes, comunión, sentido de grupo, sintonización con la fiesta...
- ¿ Por qué el Cordero pascual es figura de Cristo en la Eucaristia?
- LITURGIA DE LA PALABRA Y LITURGIA DE LA EUCARISTIA.
- LA PRESENCIA PERMANENTE DE CRISTO EN EL SAGRARIO. *{ Llevar a los enfermos
{ visita al sagrario.*
- SACRAMENTO. Son signos sensibles, instituidos por Cristo, para darnos la gracia.

ME PURIFICO	YO HABLO A DIOS	DIOS ME HABLA	DOY	SACRIFICO	RECIBO	
	KIRIE	EPISTOLA	PAN HUMANO	CORDERO DE DIOS	PAN DIVINO	
YO Confieso	GLORIA	EVANGELIO	<p>PAN Y VINO</p> 			ME VOY CON DIOS
	COLECTA	HOMILIA				BENDICION
	SUPlico	ESCUCHO	O FERTORIO	CONSAGRACION	COMUNION	

La Eucaristía ó Misa es una celebración de palabras, pero también de gestos y símbolos. En la celebración de la Eucaristía hay mucho lenguaje simbólico que nos ayuda a entrar en contacto con lo sagrado y misterioso de la celebración. El lenguaje simbólico nos ayuda a expresar con nuestros gestos que queremos llegar a una *comuni3n* con Dios.

Para que en la celebraci3n puedas participar mejor, debes conocer los s3mbolos que se dan en ella. Muchas veces creemos que los gestos y s3mbolos que usamos no dicen nada, pero el problema puede ser que simplemente no los entiendes porque desconoces su significado.

Te presentamos a continuaci3n, los gestos y los s3mbolos, as3 como los colores de las vestiduras sagradas o los objetos sagrados, para que descubras su significado y puedas participar mejor en la Eucarist3a.



**MISA: del
Lat3n:
MISSUS :
ENVIO**



CAMINAR O IR DE PROCESIÓN: Es la actitud de seguir el camino del Señor e ir hacia Él. Cuando nos acercamos a comulgar, somos el pueblo peregrino de Dios. El nuevo Israel

JUNTAR LAS MANOS: Es un gesto que nos lleva a la concentración para hablar con Dios y escuchar el interior de uno mismo.

MANOS EXTENDIDAS: Es una postura que nos recuerda la crucifixión del Señor. También indica apertura para recibir lo que Dios nos da, generalmente la usa el sacerdote o celebrante.

SEÑAL DE LA CRUZ: Signo de pertenencia a Cristo. Es la señal de nuestra salvación y signo de que estamos bajo la protección de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

INCLINARSE: Inclinar la cabeza o medio cuerpo indica respeto. Reconocimiento de la superioridad de Dios, es un acto de humildad.

GENUFLEXIÓN: Es otra actitud de respeto y adoración. Se realiza cuando entramos en el templo y flexionamos la rodilla derecha hasta el suelo.

LAVARSE LAS MANOS: El sacerdote se lava las manos, expresa el deseo de purificación interior.

GLOPEARSE EL PECHO: es el acto penitencial de reconocer nuestras culpas. Indica pena y dolor por las faltas cometidas y humildad frente a Dios.

ABRAZO DE PAZ: Es una manera de poner en práctica el mandato de Dios: Antes de dar una ofrenda a Dios, hay que reconciliarse con el hermano. La idea es no comulgar sin estar en unión con los demás.

RECIBIR LA COMUNIÓN EN LA MANO: Representa una actitud de espera y acogida, es una actitud de pedir y recibir con confianza. La postura es: la mano izquierda debajo de la derecha, con las manos bien extendidas.

PARTIR EL PAN: Lo realiza el sacerdote, es un gesto de fraternidad y unidad; somos muchos pero en Cristo, un solo cuerpo.

Es el cuerpo roto de Cristo, y su entrega en la cruz por todos nosotros.

GESTOS Y POSTURAS

Cuando estamos en la Eucaristía, nuestro cuerpo, participa a través de gestos, posturas y palabras, que nos ayudan a manifestar la actitud que nos une a la Comunidad de los que creemos en Jesús. Por tanto, no olvides que unidos desde el corazón, los gestos y las palabras, celebramos la Fe en Comunidad.

ESTAR DE PIE: Significa estar listo, atento y mostrar respeto. Estar de pie es una actitud de liberación, ya no somos esclavos ni tenemos vergüenza ante Dios. Ahora somos hijos de Dios.



ESTAR DE RODILLAS: Significa humildad y reconocer la grandeza de Dios.

Es una actitud de arrepentimiento, también es una actitud de oración individual.

Es la actitud de adoración frente al Santísimo.

SENTADOS: Significa escuchar. Nos sentamos en las Lecturas y Homilía. También es la actitud del celebrante o presidente, por eso tiene su asiento.



Vestimenta del sacerdote para celebrar la eucaristía

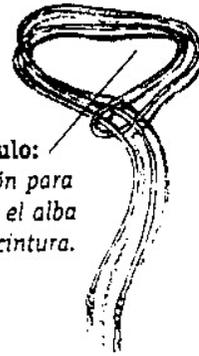
Casulla:

Pieza alargada, con una abertura en el centro para pasar la cabeza, que se pone sobre las demás. Es de color morado en Adviento y Cuaresma; blanca, en Navidad y Pascua; roja, en Pentecostés, y verde en Tiempo ordinario.

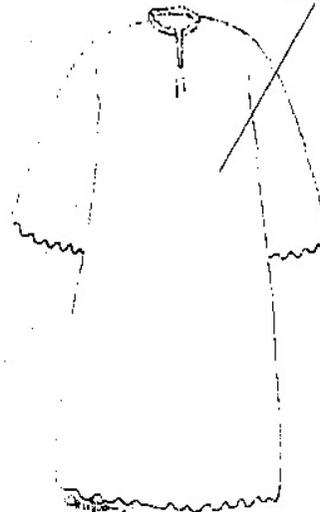


Cíngulo:

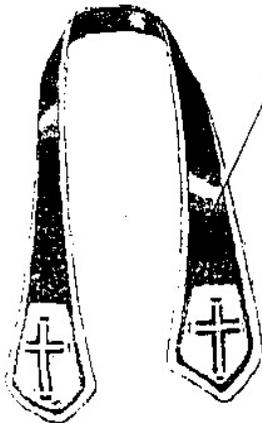
Cordón para ceñir el alba a la cintura.



Alba: Vestido blanco hasta los pies. Simboliza la pureza de alma.



Estola: Banda larga y estrecha que se pone alrededor del cuello y cae sobre el pecho.



La parroquia

La palabra "parroquia" significa "habitar cerca". Llamamos así al templo donde se reúnen los cristianos para celebrar los actos religiosos.

Pero, sobre todo, la parroquia es la comunidad formada por los cristianos de un lugar, al frente de la cual hay uno o varios sacerdotes.

En la parroquia se realizan diversas actividades.

Por ejemplo:

- Celebrar los sacramentos
- Organizar las catequisis
- Ayudar a los necesitados
- Estudiar la Biblia
- Rezar y alabar a Dios
- Atender a los enfermos
- Acoger a los niños y a los jóvenes



En la parroquia nos preparamos para conocer mejor a Jesús, para celebrar la primera comunión y para vivir nuestra fe.



La actividad más importante de la parroquia es celebrar la eucaristía todos los domingos y fiestas.

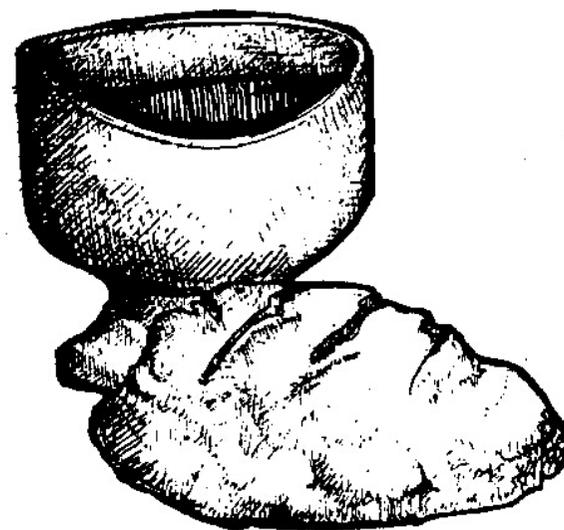
Este libro lo pueden utilizar los niños, los padres, los catequistas.

Los niños, para comprender mejor lo que es la misa, para leer y releer las palabras de Jesús, para rezar.

Los padres, para ayudar a sus hijos a comprender la misa, para recordarles las palabras de Jesús, para ayudarlos a rezar.

Los catequistas, para explicar algún día esta o aquella parte de la celebración, o para insistir en algunas frases de Jesús e invitar a escribirlas, o para recordar las oraciones cristianas.

Celebramos la Eucaristía



Los apóstoles y los primeros cristianos,
tras la muerte y la resurrección de Jesús,
empezaron a reunirse.

Se reunían todos los domingos.

El domingo es el primer día de la semana,
el día en que todo empieza.
Se reunían los domingos
porque gracias a Jesús
también su vida había empezado de nuevo.



Jesús,
con su amor, su generosidad,
su fidelidad, su entrega,
había abierto un camino nuevo para los hombres:
el camino de los hijos de Dios,
el camino de los que quieren vivir
de un modo que merezca la pena.
Los apóstoles se reunían todos los domingos
porque querían seguir ese camino
y celebrarlo como hijos de Dios.

Los apóstoles y los primeros cristianos,
todos los domingos,
repetían lo que había hecho Jesús
la noche antes de su muerte:
partir el pan,
pasar la copa de vino,
dar gracias,
rezar,
leer los libros santos.

También nosotros, todos los domingos, hacemos lo que
hizo Jesús y lo que hacían los primeros cristianos: reu-
nirnos con los demás cristianos para escuchar la Palabra
de Dios, dar gracias, y compartir el pan y el vino de Je-
sús. Porque este pan y este vino es el propio Jesús, pre-
sente entre NOSOTROS.

LA IGLESIA

Es la casa donde se reúnen los cristianos en todos los momentos y circunstancias de su vida, para escuchar y rezar a Dios, para celebrar su fe en Jesucristo. La mesa del altar ya está preparada para la Misa, se ha adornado con flores y se han encendido las velas.

EL AGUA BENDITA

Al entrar en la iglesia, metemos la mano en la pila del agua bendita y nos persignamos con la señal de la cruz. Así nos purificamos para responder mejor a la invitación de Dios.

LA SEÑAL DE LA CRUZ

Es el signo de los cristianos que nos recuerda cómo Jesús murió en la cruz por amor a todos los hombres y todas las mujeres. Al comienzo de la Misa, junto con todos los que están reunidos, haces la señal de la cruz.

Es un gesto por el que significas tu fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

PALABRAS Y GESTOS DE ACOGIDA Y DE PERDÓN EN LA MISA



— «EL SEÑOR ESTÉ CON VOSOTROS»

— «Y CON TU ESPÍRITU».

Para decir «buenos días», para saludar de parte de Dios, el sacerdote nos desea abrir de par en par nuestro corazón a Él que está presente.

«¡SEÑOR, TEN PIEDAD!»

El mal, los enfados, el pecado entorpecen nuestro encuentro con Dios y con los demás. Dios está siempre dispuesto a acogernos. Por eso le pedimos que venga a ayudarnos.

«GLORIA A DIOS»

¡Dios es bueno!, ¡es grande! Hace maravillas y nos alegra saber que Él nos ama. Por eso le cantamos.

«AMÉN»

Esta es nuestra respuesta a la oración del sacerdote. Es nuestra manera de decir: «Sí, Señor, contamos contigo, contamos con tu ayuda».

Primera descripción de la celebración eucarística

(San Justino, siglo II. Apol. 1.65; 67)

He aquí la primera descripción de la reunión dominical o reunión eucarística que nos ha llegado. Perteneció al siglo II después de Cristo. Indica perfectamente las partes de la estructura de la Eucaristía de los primeros cristianos.

El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo.

Se leen las memorias de los Apóstoles y los escritos de los Profetas, tanto tiempo como es posible.

Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas.

Luego nos levantamos todos juntos y oramos por nosotros... y por todos los demás donde quiera que estén, a fin de que seamos hallados justos en nuestra vida y nuestras acciones y seamos fieles a los mandamientos para alcanzar así la salvación eterna.

Cuando termina esta oración, nos besamos unos a otros.

Luego se lleva al que preside a los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclados.

El presidente los toma y eleva alabanza y gloria al Padre del universo, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y da gracias (en griego: *eucharistian*) largamente porque hayamos sido juzgados dignos de estos dones.

Cuando terminan las oraciones y las acciones de gracias, todo el pueblo presente pronuncia una aclamación diciendo: Amén.

Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo le ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan, vino y agua «eucaristizados» y los llevan a los ausentes.

Esquema actual de la celebración eucarística

Aquí tienes, en paralelo, el esquema actual de desarrollo de la celebración eucarística con la descripción eucarística que San Justino hace en el siglo segundo.

I. RITOS INICIALES

(Formación de la asamblea)

- Reunión en el templo
- Saludo
- Acto penitencial
- Oración

II. LITURGIA DE LA PALABRA

(Proclamación de la Palabra de Dios)

- Primera lectura
- Salmo responsorial
- Segunda lectura (domingos y fiestas)
- Aleluya
- Lectura del evangelio
- Homilía
- Credo
- Oración de los fieles

El rito de la paz hoy ha sido desplazado y colocado antes de la comunión.

III. LITURGIA EUCARÍSTICA

(Centro de la Eucaristía)

- Procesión-presentación de dones
- Plegaria eucarística
- Prefacio
- Invocación al Espíritu
- Relato de la Institución
- Invocación al Espíritu
- Intercesiones
- Doxología final
- Amén

IV. RITO DE LA COMUNIÓN

- Padre nuestro
- Rito de la paz
- Fracción del pan
- Comunión
- Oración

V. RITO DE CONCLUSIÓN

- Saludo
- Bendición
- Despedida

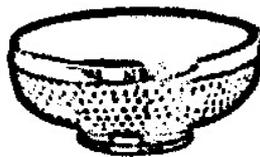
VASOS SAGRADOS

Vasos sagrados: Son aquellos recipientes destinados a contener el pan y el vino que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Por ello, entre los objetos destinados a la celebración, merecen especial un honor especial y están formados por materiales sólidos y nobles.



Cáliz: Es el vaso sagrado con forma de copa grande donde se consagra el vino en la Santa Misa. Se lleva el primero en el ofertorio puesto que sobre él suele estar el *corporal** y se retira el último después de la comunión.

Copón: Es una especie de copa con tapa, que sirve para distribuir la comunión y reservar el *Santísimo Sacramento**.



Patena: Una especie de platito, que se usa para depositar el pan que se consagra en la Misa. También puede llamarse así la bandeja que sostiene el monaguillo durante la distribución de la comunión.

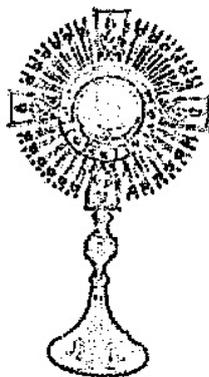


Vinajeras: Son las jarritas donde está el vino y el agua que se va a utilizar en la Misa.

Lavabo: Se trata de una jarrita y una palangana pequeña que sirve para que el sacerdote se lave las manos tras la procesión de ofrendas. Acompañado de un toalla o manutergio para secarse



Bandeja de la Comunión: Bandeja que el "monago" lleva en la comunión para evitar que caigan al suelo trocitos del *Santisimo Sacramento*.*.



Custodia: Sirve para exponer al *Santisimo Sacramento**, es decir ponerlo de forma que los fieles lo vean para su adoración.

Ostensorio: Es la parte de la *custodia** donde se encuentra la Sagrada Hostia, o una especie de *custodia** más pequeña.

Las lecciones de la Historia

2

Una práctica constante desde los inicios

A pesar de todas esas dificultades, la Iglesia, desde el principio, ha considerado conveniente leer los libros de la Biblia antes de celebrar el memorial del Señor en la Eucaristía. Así lo vemos muy claramente en una de las descripciones más antiguas de la misa dominical, la que hizo el filósofo y mártir san Justino en el siglo II en el capítulo 67 de su obra *Primera Apología*:

"El día que se llama del Sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los Recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente, de palabra, hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos

levantamos todos a una y elevamos nuestras preces. Y, terminadas éstas, se presenta pan y vino y agua. Y el presidente, según sus fuerzas, eleva igualmente preces y acciones de gracias. Y todo el pueblo aclama diciendo: Amén. Ahora viene la distribución y participación, que se hace a cada uno de los alimentos 'eucaristizados', y su envío a los ausentes por medio de los diáconos. Los ricos que quieren, cada uno según su voluntad, dan lo que les parece, y lo que se reúne se pone a disposición del que preside y él socorre a los huérfanos y a las viudas y a los que por enfermedad o por cualquier otra causa se hallan abandonados, y a los encarcelados y a los peregrinos, y en una palabra, él cuida de cuantos padecen necesidad".

La descripción de Justino contiene todos los elementos necesarios y sufi-

cientos de la celebración eucarística, los cuales han persistido inalterados –con una serie de ampliaciones– a lo largo de los siglos, hasta nuestros días. Aquí nos interesa destacar el que aparezca, como primera parte de la celebración, la lectura de la Biblia, tanto del Nuevo Testamento –indicado con la bella expresión “Recuerdos de los Apóstoles”– como del Antiguo, concretado en los “escritos de los profetas”. Ello quiere decir que, muy pronto, en la celebración eucarística, se juntaron y fusionaron dos clases de actos de culto: el rito propiamente eucarístico, proveniente de la última cena de Cristo con los discípulos, y la celebración de la Palabra, entroncada con la reunión de lecturas y oración que los judíos hacían cada sábado en la sinagoga.

El modelo del encuentro de Emaús

La necesidad de hacer preceder la celebración ritual del memorial del Señor por la proclamación y comentario de la Palabra de Dios contenida en la Biblia, halla una confirmación muy elocuente en un pasaje del Evangelio de Lucas, el relativo al episodio de los discípulos de Emaús (Lucas 24,13-35).

La escena es conocida: al atardecer del domingo de Pascua dos discípulos de Jesús se dirigen a un pueblecito situado a poca distancia de Jerusalén, llamado Emaús. Por el camino comentan los sucesos que acaban de vivir; se les acerca un desconocido (es Jesús, pero ellos no lo reconocen) que les pregunta de qué están hablando. Ellos le dicen que de “lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras”, pero que ha sido crucificado, a pesar de que “nosotros esperábamos que él fuera el futuro libertador de Israel”. Es verdad –añaden– que algunas mujeres del grupo aseguran que está vivo, pero por ahora nadie lo ha visto.

“Entonces Jesús les dijo:

– ¡Qué necios y tórpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura”.

Los tres caminantes llegan al pueblo cuando ya ha anochecido: los dos discípulos piden a Jesús que se quede con ellos. Lo hace y se disponen a cenar.

“Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió

y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron:

- ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?"

Los dos discípulos reconocen a Jesús de un modo claro cuando les parte el pan de la Eucaristía. Pero antes han

penetrado en el sentido profundo de las Escrituras que hablan de Jesús. La dinámica de ese encuentro de los discípulos de Emaús con Cristo resucitado es la misma que determina la estructura de la celebración eucarística de todos los tiempos: antes de distribuir el pan de la Eucaristía, hay que distribuir el pan de la Palabra.

Cristo está presente en la Palabra

La Constitución de Liturgia del Concilio Vaticano II habla, en el número 7, de las distintas presencias que Cristo tiene en su Iglesia, y una de las que más destaca es la que tiene en la proclamación de la Palabra de Dios: "Cristo está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla".

Esta presencia de Cristo se puede comparar con la que las personas tenemos, unas con otras, a través del lenguaje, que es uno de los medios humanos más típicos de comunicación e interrelación.

Siempre que leemos la Sagrada Escritura, podemos ponernos en contacto con Cristo, en cuanto "comulgamos" con su pensamiento y con sus sentimientos, contenidos en los libros que nos hablan de Él. Pero esta presencia se hace más eficaz cuando la lectura es pública, dentro del marco de la celebración litúrgica. Entonces es Él mismo quien nos habla a través de la conmemoración que tiene lugar en la Iglesia, inspirada por la fuerza del Espíritu Santo, es decir, e Espíritu del mismo Cristo.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la presencia de Cristo no está tanto en el libro de la Biblia en sí mismo, cuanto en la lectura viva que se hace de mismo, especialmente en la proclamación litúrgica.

**«ACOGER EN NUESTRO
CORAZÓN LA PALABRA
DE DIOS»
(Liturgia de la Palabra)**

La Liturgia de la Palabra comprende «los escritos de los profetas», es decir, el Antiguo Testamento, y «las memorias de los apóstoles», es decir sus cartas y los Evangelios; después la homilía que exhorta a acoger esta palabra como lo que es verdaderamente, Palabra de Dios, y a ponerla en práctica.

(CATECISMO n.º 1349).

La Liturgia de la Palabra constituye uno de los dos pilares sobre los que se sostiene el armazón de la misa. El otro pilar fundamental es la Liturgia de la Eucaristía. Ambas están íntimamente unidas formando un solo acto de culto.

El Concilio Vaticano afirmó que «la importancia de la Sagrada Escritura en la celebración de la liturgia es máxima»¹⁵ y vino a recordar dos ideas importantes, la *primera* es la presencia del Señor en la Palabra proclamada: «en efecto, en la liturgia, Dios habla a su pueblo. Cristo sigue anunciando el Evangelio»¹⁶ La *segunda* es consecuen-

¹⁵ *Sacrosanctum Concilium* n. 24.

¹⁶ *Sacrosanctum Concilium* n. 33.

cia de la anterior: hay que venerar la Palabra de Dios tanto como el Cuerpo de Cristo.

Ya lo decía San Agustín al afirmar que *la Palabra de Cristo no es menos que el Cuerpo de Cristo*¹⁷. Varios padres de la Iglesia insisten en la idea de que no acoger la Palabra sería como dejar caer al suelo la Sagrada Eucaristía. El Concilio lo recuerda con estas palabras: «la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el Pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo»¹⁸.

Ciertamente, como bien recordó el Concilio Vaticano II, Cristo está presente «sobre todo bajo las especies eucarísticas»¹⁹. De todos modos, es difícil exagerar la importancia del momento en que, precisamente durante la celebración eucarística, se acoge la palabra de Dios. San Pedro afirma que, por la Palabra «nacemos» a una nueva vida: *mirad que habéis vuelto a nacer, y no de una semilla mortal, sino de una inmortal, por medio de la palabra de Dios, viva y eterna* (1 Pe 1,23). El mismo Señor nos dice: *el que me ama guardará mi palabra* (Jn, 14,23). ¿Cuál será nues-

¹⁷ SAN AGUSTÍN. *Sermo* 78, 2.

¹⁸ *Dei Verbum* n. 21.

¹⁹ *Sacrosanctum Concilium* n. 7. Cfr. sobre este particular los números 1373 y 1374 del CATECISMO...

tra respuesta? De algún modo podríamos afirmar que se tendría que dar ahora ya una *comunión con el Verbo*, tan importante y necesaria como la comunión eucarística. Si nuestra actitud es de docilidad esta «comunión» nos llevará a tener los mismos sentimientos de Cristo, que se hizo *obediente hasta la muerte* (Flp 2,8).

LECTURAS

Nos disponemos, pues, a *escuchar* algunos fragmentos de la Biblia. Invoca al Espíritu Santo, ya que es *Él* quien nos recuerda el sentido de las mismas «dando vida a la Palabra de Dios que es anunciada para ser recibida y vivida»²⁰. Procura quedarte con alguna idea que pueda aplicarse hoy a tu vida. Con qué fuerza y belleza recoge el salmista esta idea: *tu palabra es como una lámpara para mis pies, la luz de mi sendero*²¹.

EVANGELIO

La lectura del Evangelio constituye el punto culminante de la liturgia de la palabra. Un texto del Concilio nos da la clave para vivirlo del mejor modo posible: «cuando se lee en la Iglesia la

²⁰ CATECISMO... n. 1100.

²¹ Salmo 118, 105.

Sagrada Escritura, es *Él* quien habla»²². Lo escucharemos de pie, para manifestar nuestro respeto y la disposición de ponerlo en práctica: es la narración de los hechos realizados por Jesús y de las palabras que un día salieron de sus labios y que nosotros escuchamos con amor y queremos incorporar a nuestra vida. Cuando Dios pronunció o hizo escribir estas palabras pensaba también en nosotros: *Él* nos habla a cada uno.

Quizá pueda ser útil hacerse esta sencilla pregunta: ¿qué es lo que el Señor me quiere decir hoy en estas lecturas de la Sagrada Escritura? Es seguro que hay algo para cada uno de los que asisten: una idea, una frase, una sugerencia... pero hay que estar atentos para captarlo.

ORACIÓN DE LOS FIELES

La liturgia de la Palabra termina con la oración universal (por las necesidades de todos) u oración de los fieles, como aconseja San Pablo: *Ante todo, recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los constituidos en autoridad* (1 Tim 2.1-2).

²² Sacrosanctum Concilium n. 7.

Ultima pagina

EL LUGAR DE LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA

No se trata del ambón. O de cómo, en las celebraciones de la Eucaristía y de otros sacramentos, cuidamos de que la Palabra sea bien proclamada de forma que llegue a los oyentes y sea eficaz (Hebreos 4,12). Ciertamente, el lugar de la Palabra en la liturgia y todos los elementos que intervienen en su proclamación son importantes.

Quisiera fijarme en los destinatarios de la Palabra de Dios y de qué lugar esta ocupa en sus vidas. Debemos dar gracias a Dios por todo el camino realizado desde el Concilio Vaticano II en la dirección de poner la Palabra de Dios al alcance del pueblo y de cada uno de sus miembros. Son muchas las personas que aman la Palabra de Dios, la Biblia, que tienen sed de leerla y escucharla, de encontrar a Jesucristo a través de la lectura contemplativa del Evangelio y de vivir consecuentemente con este encuentro. Pero también podemos constatar que todavía queda mucho camino por recorrer.

Plantea retos el constatar que hay personas, y no son pocas, que durante la liturgia de la Palabra de la Misa sostienen repetidamente una actitud poco activa de escucha. Actitud con

la que manifiestan que no se sienten implicadas con lo que se está haciendo. Y, por eso, esta actitud fácilmente deriva hacia otra peor: charlar con la persona de al lado.

También plantea retos la experiencia, demasiado común cincuenta años después del Concilio, de personas que llegan a misa pasada la liturgia de la Palabra, incluida la homilía. Personas muy jóvenes que lo hacen de manera sistemática (es decir, siempre: no un día porque les ha surgido un problema que les ha impedido llegar a la hora, como nos puede pasar a todos) y que vienen, solo, para recibir la Comunión. Estas personas suelen ser jóvenes y, si algún día llegan más temprano, normalmente caen en la tentación de las primeras: ponerse a hablar con los de al lado durante toda la liturgia de la Palabra.

Este fenómeno, el de la gente joven que solo viene para recibir la Comunión, da a entender que hay directores espirituales que les controlan si han comulgado o no. Y no los ayudan a encontrarse con Jesús que se hace presente y activo a través del Evangelio.

JOSEP MARIA ROMAGUERA

Centre de Pastoral Litúrgica

☒ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ☎ 933 184 218

✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

Director de la publicación: Xavier Aymérich

Subscripción anual: 67,00 €

Precio de cada ejemplar: 4,50 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8199 / D.L.: B.18.369-1975

Año XLVI

¿EL LECTOR DE LA PRIMERA LECTURA LEE TAMBIÉN EL SALMO?



Pues es verdad que en muchas misas vemos que se hace de esta manera, e incluso en algunos lugares ya se da por supuesto que el lector que proclama la primera lectura se queda en el ambón y lee también el salmo responsorial. Pero no es una buena costumbre. Es verdad que en la liturgia el salmo se suele hacer eco, en forma de plegaria, del contenido de la primera lectura, mas aún así son textos diversos y, en el caso del salmo, con identidad propia. Por tanto, es conveniente que haya lectores diferentes. Los domingos estaría bien que se pudiera cantar, por lo menos, la respuesta; de no haber salmista lo puede leer el mismo director de canto, u otro lector, pero no el mismo que ya ha proclamado la primera lectura. Y lo mismo vale para los días laborables. Tal como decíamos en el número anterior, un lector para cada cosa: si no hay salmista, los días laborables tres lectores y, los domingos, cuatro.

Leer entero el evangelio de Lucas

El domingo 9 de junio reanudamos la serie de los domingos del tiempo ordinario, en este ciclo C en el que el evangelio de referencia es el de Lucas. La reanudación se realiza a partir del domingo 10 del tiempo ordinario, y la escena que leemos es la de la resurrección del hijo de la viuda de Naín. Un magnífico y emotivo ejemplo de uno de los temas que Lucas más intensamente resaltará en su narración: la atención de Jesús para con los pobres y los débiles, el espíritu de misericordia que muestra en toda ocasión. El evangelio de Lucas



es, sin duda, si queremos decirlo así, el más "amable" de los cuatro, el que transmite más paz, más alegría, más confianza y esperanza.

Una buena propuesta y una buena recomendación podría ser, tanto para celebrantes como para fieles, buscar un rato en este mes de junio (o si no, más adelante, en las vacaciones) para leer todo entero, seguido, este evangelio. Es la

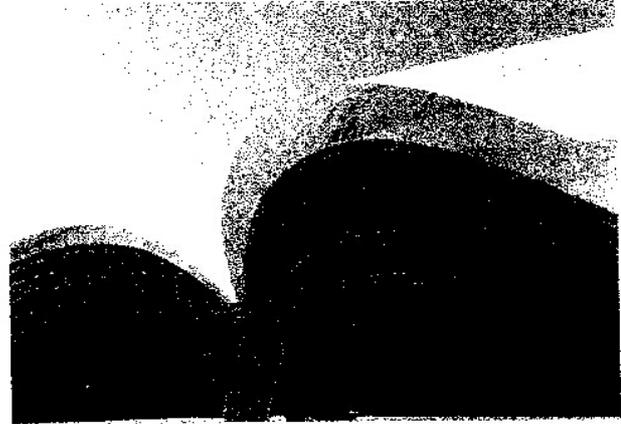
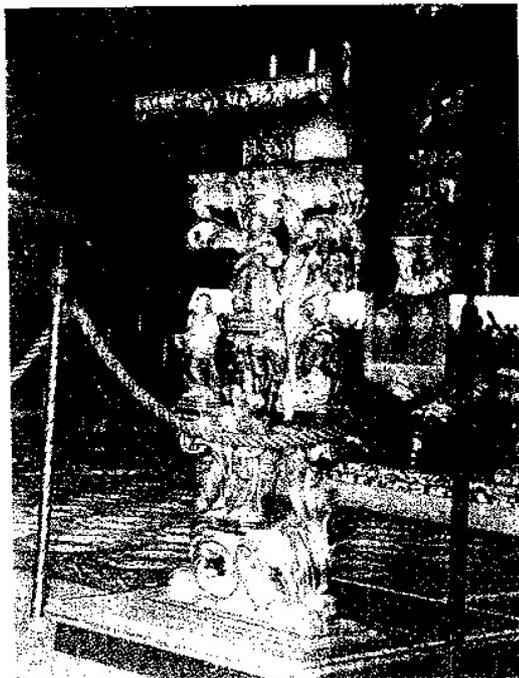
mejor forma de captar todo su espíritu, y ayudará, sin duda, a situar mejor los relatos que iremos proclamando domingo tras domingo.

MALOS LECTORES: UN PROBLEMA DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

La Iglesia dice: *"Para proclamar las lecturas de la Sagrada Escritura, destínense otros laicos que sean de verdad aptos para cumplir este ministerio y que estén realmente preparados, para que, al escuchar las lecturas divinas, los fieles conciban en su corazón el suave y vivo afecto por la Sagrada Escritura"* (OGMR 101).

Pero el informe PISA de 2012 suspendió a los alumnos españoles en lectura. Las personas mayores no estamos mejor preparadas que nuestros hijos o nietos en esto de leer en voz alta, en público. Continuamente estamos comprobando en nuestras iglesias que tenemos malos lectores; también en las misas televisadas aparecen pocos "buenos lectores".

Sabemos que la Palabra de Dios no hay que "leerla" simplemente, sino "proclamarla". Pero son pocos los que "proclaman" la Palabra de Dios. La mayoría la leen, y mal: la leen aprisa, sin hacer las pausas y puntos que hay que hacer, sin mirar a la asamblea, sin vocalizar bien las palabras, leyendo a voz medio baja, bajando el tono al final de las frases, falseando palabras.



empezando a leer la primera lectura cuando la gente se está sentando...

En la mitad norte de España, donde la población está tan dispersa en aldeas y pueblos pequeños, en los que no se celebra la misa en la mayor parte de los domingos y fiestas, sino sólo una Celebración de la Palabra, pensemos en las consecuencias de que encima la Palabra de Dios se lea mal: la poca gente asistente ni se entera...; nos quedaremos pronto sin estas pequeñas comunidades...

Pero esta voz de alarma vale también para todas las iglesias y comunidades cristianas, por muy grandes que sean: Urge preparar buenos lectores, que proclamen o al menos lean bien la Palabra de Dios.

A.-TOMAS OSORIO BURÓN

¡HAGÁMOSLO BIEN!

¿ES PALABRA DE DIOS?



Cuando el lector de la primera o segunda lectura de la misa acaba de leer el texto, dice "Palabra de Dios". Es una expresión aclamativa que invita a la respuesta del pueblo: "Te alabamos, Señor". Conviene decirlo, pues, mirando a la gente y después de hacer una breve pausa al acabar la lectura. Y habría que olvidar la costumbre tan extendida en algunos lugares de cambiar esta aclamación por una especie de fórmula explicativa: "Es Palabra de Dios". Y, más aún, en algunas ocasiones, parece que se diga en forma de pregunta, con una entonación parecida a una interrogación: "¿Es Palabra de Dios?". Pues no, no se trata de una pregunta ni de una explicación, ¡sino de una exclamación! De hecho, para resaltar este sentido aclamatorio, especialmente en las fiestas principales, se puede cantar, así se pone más de relieve el carácter de celebración (y no solo de instrucción) que tiene la Liturgia de la Palabra. Por tanto, hagámoslo bien, y digamos siempre: "Palabra de Dios".

La escena nos es tan familiar que a menudo no nos damos cuenta de su alcance. Por lo menos topamos con ella en la misa de cada domingo. Pero también tiene lugar en las misas de cada día, así como en todas las celebraciones sacramentales. La podríamos describir de este modo:

Apenas nos encontramos reunidos en nombre del Señor, en la unidad de la Iglesia, y después de una inicial invocación y súplica, ante todo nos dispusimos a escuchar la Palabra de Dios, que es quien nos había reunido, como pueblo suyo, alrededor del altar. Por eso entonces, uno de nosotros, un fiel a quien se le había encomendado este oficio —el de hacer de lector—, subió hasta el ambón, abrió el libro de las Sagradas Escrituras y empezó a leerlas. Todos, pastores y fieles, escuchábamos atentamente, porque en el texto que se nos leía reconocíamos la voz del Señor, así como aquella palabra que a todos nos juzga por igual y a la que todos por igual estamos sometidos como miembros del pueblo santo de Dios.

Dignidad e importancia del lector

La descripción que se encuentra en la página anterior puede parecer ideal o idealizada, pero, de hecho, corresponde a la realidad eclesial y litúrgica de ese momento de la celebración, al tiempo que nos ofrece el marco idóneo para comprender la definición y la importancia del oficio del lector. Su oficio consiste en "leer en la asamblea litúrgica la Palabra de Dios".

Esta misma definición nos hace adivinar la importancia que tiene el lector o lectora cuando ejerce su oficio en la asamblea litúrgica. Por un lado, debemos tener presente que cuando en una acción litúrgica escuchamos la Palabra de Dios nos sentimos identificados como pueblo que el mismo Dios se ha escogido y reunido, y al que habla amorosamente para que no se aparte de sus caminos. Por el otro, eso mismo nos hace reconocer,

4

teniendo presente lo eficaz que es la Palabra de Dios, que "la Iglesia se edifica y crece" escuchando esa Palabra.

Situados en este contexto, huelga decir que la primacía en importancia la tiene la misma Palabra de Dios. Pero hay que añadir también que para que la Iglesia pueda escuchar—con toda la significativa realidad que supone el hecho de escuchar— la Palabra por medio de la cual se identifica, se edifica y crece, tiene que haber un "lector" que le haga posible el escuchar y que eso no se convierta en una pura actitud teórica o espiritualmente estilizada, sino que se pueda captar (como todas las cosas que en la liturgia nos llevan de lo visible a lo invisible) que hay alguien que hace oír su voz y otro u otros que escuchan. Para poder así experimentar, gracias al oficio y a la intervención "visibi-

y audible" del lector y de un modo suficientemente expresivo, que Dios sigue hablando a su pueblo y que este pueblo -como pueblo y también en particular cada uno de sus miembros- escucha y acoge la Palabra de Dios que tiene que llenarlo del conocimiento de su voluntad, alimentarlo espiritualmente e iluminarlo y guiarlo por los caminos que conducen a la salvación.

Un servicio necesario

Intervenir en este proceso, colaborar con las capacidades humanas y con las actitudes interiores en esta obra de Dios, es lo que da una gran dignidad a este oficio que, más allá de su funcionalidad material, adquiere todas las dimensiones de un servicio necesario para la vida de la Iglesia. Por ello no es extraño que la Iglesia haya confiado o confíe a algunos cristianos dicho servicio de un modo estable, es decir, de por vida. Para que se valore su importancia y dignidad y para que el lector llegue a apreciar

El oficio propio del lector es el de leer en la asamblea litúrgica la Palabra de Dios. Por ello proclama en la misa y otras funciones sagradas las lecturas de la Sagrada Escritura.

En Occidente, en la liturgia de rito romano, se exceptúa de esta norma general la lectura del Evangelio. Por contener las mismas palabras de Jesús, la lectura del Evangelio, por una antigua tradición secular, es confiada al diácono o, si no hay diácono, a otro ministro ordenado.

verdaderamente y a vivir, con todas sus consecuencias, el oficio que se le ha confiado. O, cuando no se da esa situación que sería la óptima, la Iglesia estimula a los responsables de las celebraciones litúrgicas para que no haya ninguna que se vea privada de lectores o lectoras con capacidad para ejercer tal oficio. En nuestros tiempos, esta segunda situación es la más habitual.

Ahora bien, aunque la segunda situación sea la más habitual y el haber ido insistiendo en la necesidad de disponer de lectores en nuestras celebraciones haya convertido en abundante, en general, su presen-

cia en los actos litúrgicos, ello no significa, cuando se habla de sus "capacidades", que baste la habilidad de saber fijarse en un escrito, descifrar sus signos y llegar a descubrir su sentido (lo que normalmente se llama "saber leer", aunque sólo sea para el provecho personal).

Aquí, como mínimo, hablamos del lector que no sólo es capaz de hacerse suyo el sentido de un texto, sino que es capaz de leer un texto en voz alta y de hacerlo en público, para que nítidamente llegue a los demás, a los oídos y a la sensibilidad receptiva de los demás, el sentido y el mensaje de un texto. En nuestro caso quiere decir dar voz al texto de la Sagrada Escritura para que una y otra vez llegue al oído y penetre en el corazón de la Iglesia y de los cristianos, para que dé fruto en ellos, como lo da la lluvia que cae del cielo y no vuelve al mismo sin haber fecundado la tierra y haberla hecho fructificar.

Tareas complementarias del lector

Aunque el servicio primordial del lector es el de leer las Sagradas Escrituras, en los casos convenientes puede también ejercer otras funciones. Por ello:

- Si no hay salmista, recita el salmo responsorial.
- Si no hay diácono, anuncia las intenciones de la oración de los fieles.
- Si no hay monitor, el lector lee las moniciones que puedan ayudar a comprender mejor las lecturas, a entender los ritos que se realizan, o a hacer que la asamblea se comporte con el orden y la participación que le corresponde.
- Si no hay director de los cantos, puede procurar solventar hasta donde pueda tal deficiencia.
- Teniendo presente que el lector es un buen conocedor de la Sagrada Escritura, si además tiene cierta habilidad pedagógica, puede colaborar en la instrucción de los fieles para que, guiados por la luz y las enseñanzas de la Sagrada Escritura, reciban dignamente los sacramentos. Es decir, puede colaborar en las "catequesis sacramentales".

Cómo empezar y terminar la lectura

Se deberá tener presente lo que sigue:

1. Quien tenga que hacer de lector procurará ocupar un lugar que no quede demasiado alejado del ambón para que no tenga que hacer un recorrido largo o pasearse por media iglesia para llegar al mismo.
2. Avanzará con normalidad, sin ostentación y sin hacerse notar. Otra cosa es que los demás lo vean. Si es conveniente -dado el recorrido que tiene que realizar- que haga una inclinación al altar o a quien preside, lo hará con digna sencillez. Si no sabe hacer inclinaciones o le salen movimientos desgarbados -nadie se escandalice- que no haga ninguna inclinación. Es mejor que llegue al ambón sin haber perdido el decoro por el camino.
3. Si se encuentra con el leccionario cerrado, lo abrirá reverentemente y sin dar golpes o hacer ruido de páginas que resuene a través del micrófono.
4. Antes de empezar a leer, se fijará si está ante la página y la lectura que tiene que leer, para no verse obligado a hacer innecesarias correcciones una vez iniciada la lectura.
5. No leerá el título que habitualmente está en rojo en el leccionario ni las cifras que corresponden a la cita bíblica de la lectura.
6. Esperará un momento antes de empezar a leer para comprobar que el ambiente y las actitudes de los oyentes reflejan las disposiciones de estar a punto para escuchar.
7. Empezará a leer, indicando con toda claridad "Lectura del libro..." o "Lectura de la carta...".
8. Luego dejará una pausa, tal como se hace cuando hay que leer cualquier texto, como toque de atención entre el enunciado del título y la lectura del texto.
9. Leerá el texto de la lectura con dicción correcta y con piadosa y ejemplar actitud.
10. Cuando haya terminado la lectura, hará nuevamente una pausa y, sin prisas, introducirá la alabanza que la asamblea dirigirá a Dios por haberle hablado. Lo hará pronunciando nítidamente la expresión ritual: "Palabra de Dios".
11. Volverá a su sitio con la digna discreción con la que se había dirigido hasta el ambón.

El orden con el que se leen las lecturas

Los domingos y solemnidades (más algunos días y ocasiones especiales) tienen tres lecturas:

1. La primera lectura es del Antiguo Testamento. Los domingos esta lectura viene a ser como un anuncio hecho en la antigüedad de lo que luego escucharemos que se cumple en el Evangelio.

Durante el tiempo de Pascua, para expresar la novedad de vida que nos ha traído la resurrección de Cristo, no leemos ningún texto del Antiguo Testamento. Como primera lectura leemos textos del libro de los Hechos de los Apóstoles.

2. Después de la primera lectura escuchamos la recitación de un salmo, al que nos unimos con un estribillo ("antífona") que vamos repitiendo después de cada estrofa recitada por el salmista. Con el salmo, y por medio de palabras inspiradas por Dios mismo, la asamblea litúrgica responde al diálogo con su Señor, que le acaba de hablar.
3. La segunda lectura es un texto escogido de entre las cartas apostólicas. Los domingos, esta segunda lectura sigue su ritmo propio con textos que escuchamos de manera semicontinua.
4. Para disponernos a llegar a la cumbre de la liturgia de la Palabra, cumbre que no es otra que la lectura evangélica, nos ponemos de pie y entonamos la alabanza del Aleluya.
5. Lectura del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Después de escuchar, en la primera lectura, a los que prepararon los caminos del Señor; y después de escuchar, en la segunda lectura, a los enviados por Cristo a anunciar su palabra, como culminación escuchamos al mismo Jesús que nos habla en el Evangelio.

Los demás días (u otras ocasiones) tienen dos lecturas. Por este orden:

1. Primera lectura: del Antiguo Testamento o de las cartas apostólicas. Durante el tiempo de Pascua, como hemos dicho, es un texto del libro de los Hechos de los Apóstoles.
2. Salmo responsorial.
3. Canto del Aleluya. (En caso de no cantarse, se omite).
4. Lectura del Evangelio.